



Facultad de Humanidades  
Universidad de La Laguna

Sección de Geografía e Historia

Trabajo de Fin de Grado

Grado en Historia  
Año académico: 2018/2019



# Edward Gibbon y la “decadencia” del Imperio Romano

Estudio de una categoría de análisis  
histórico

Trabajo realizado por: Tasio Fernández Hernández.

Dirigido por: José Ascensión Delgado Delgado.

## **Resumen**

La historia del Imperio romano ha fascinado a los historiadores e intelectuales europeos desde tiempos muy remotos, y su caída desde luego no es una excepción. El presente trabajo pretende analizar a Edward Gibbon y su *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* como forma de aproximación al estudio del concepto de “declive” presente, de forma casi universal hasta hace unos años, en toda la historiografía del Bajo Imperio. Se defenderá que dicho concepto tiene origen precisamente en esta obra, por lo que el estudio de la misma permitirá un mejor entendimiento de éste, aunque únicamente se trate en este trabajo el concepto de declive tal y como Gibbon lo entendió y conceptualizó. De esta forma, este trabajo explicará tanto este concepto, como el origen y las influencias específicos que tiene, proporcionando un contexto temporal y cultural que facilite su completa comprensión.

## **Palabras clave**

Bajo Imperio Romano, Edward Gibbon, declive y caída, historiografía, Ilustración.

## **Abstract**

The history of the Roman Empire has been fascinating for European historians and scholars ever since very early times, and its fall is surely not an exception. The objective of this paper is to approximate the study of the concept of “decline”, almost universally present up to a few years ago in the Late Empire historiography, by the analysis of Edward Gibbon and his *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*. It will be defended the origin of this concept in this work and, even if this paper will only deal with the gibbonian concept of “decline” and not others, the study of the Decline and Fall should help to understand the concept altogether. Thereby, in order to properly understand the concept, a temporal and cultural context will also be provided in this essay that explains its specific origins and influences.

## **Keywords**

Late Roman Empire, Edward Gibbon, decline and fall, historiography, Enlightenment.

# Índice

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>1. Edward Gibbon y su obra .....</b>	<b>8</b>
1.1. El camino hacia el <i>Decline and Fall</i> .....	9
1.2. El texto del <i>The History of the Decline and Fall of the Roman Empire</i> .....	10
1.3. Edward Gibbon y el pensamiento ilustrado.....	12
1.4. Edward Gibbon como historiador: la narrativa gibboniana.....	15
<b>2. Edward Gibbon y la “decadencia” del Imperio.....</b>	<b>19</b>
2.1. Gobierno, Ejército y fiscalidad: el relato del <i>Decline and Fall</i> .....	20
2.2. El papel del cristianismo y los bárbaros en las hipótesis gibbonianas.....	30
<b>3. Influencias de Edward Gibbon en la tradición y el pensamiento académicos de la “decadencia” imperial.....</b>	<b>38</b>
<b>Conclusiones.....</b>	<b>40</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>43</b>



## Introducción

El objetivo de este trabajo es realizar una valoración historiográfica sobre el concepto de decadencia aplicado al final del mundo romano. Para ello, resultará imprescindible el estudio de la obra que daría sustento empírico a esta perspectiva teórica: *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*; el autor de esta obra sería Edward Gibbon y la publicaría en seis volúmenes entre 1776 y 1787. La obra escrita por el historiador inglés tendría una notoriedad y relevancia casi inmediata de enormes proporciones, tanto a nivel nacional como internacional, y pronto se convertiría en una de las obras más importantes de toda la literatura occidental. Además de poseer una capacidad narrativa exquisita, Gibbon presentaría una serie de novedades historiográficas que podrían proponerlo, en cierta manera, como el padre de la historiografía moderna. Por un lado utilizaría las tendencias historiográficas filosóficas que popularizarían sus contemporáneos – Hume, Voltaire, Montesquieu, etc. – como una nueva forma de hacer historia, y las conciliaría con el trabajo erudito de la historiografía renacentista, fundiendo ambas formas de hacer historia y creando una nueva en la que, tanto los datos como la teoría general, son importantes.

La pregunta evidente puede ser la siguiente: ¿por qué Gibbon? ¿Qué importancia puede tener un autor del siglo XVIII para la historiografía actual, por muy importante que haya sido en su momento? A lo largo de este trabajo, espero que el lector llegue a entender la relevancia de Gibbon para la acuñación del concepto mencionado de decadencia del Imperio romano; éste sería un término que se utilizaría a lo largo de todo el siglo XIX y, sobre todo, el siglo XX para explicar la transición del mundo antiguo<sup>1</sup> hasta aproximadamente los años setenta del siglo pasado, que presenciarían la aparición de la *Late Antiquity*. Este campo de estudio pretendería estudiar de forma más coherente las transformaciones que se producirían en un periodo de tiempo que se definiría desde aproximadamente el 200 al 700 d.C., periodos que estarían comprendidos tradicionalmente en los estudios clásicos y los estudios medievales, cuestionando la tradición historiográfica de declive y decadencia de la civilización que se asociarían con este periodo a favor de una concepción de “transformación”. En estos primeros años del siglo XXI, sin embargo, la tradición historiográfica de la

---

<sup>1</sup> La mayoría de los autores principales que tratan este tema a lo largo de las dos centurias han recurrido, en mayor o menor medida, al declive como categoría histórica: Seeck [Seeck, O. (1895-1920). *Geschichte des Untergangs der antiken Welt*. Stuttgart: Metzler. En seis volúmenes], Rostovtzeff [Rostovtzeff, I. (1926). *The Social and Economic History of the Roman Empire*. Oxford: Clarendon Press], Lot [Lot, F. (1939). *The End of the Ancient World and the Beginning of the Middle Ages*. London: Kegan Paul], Jones [Jones, A.H.M. (1966) *The Decline of the Ancient World*. London: Longman]... Probablemente la excepción más significativa a esta postura sea la de Piganiol [Piganiol, A (1947). *L'Empire Chrétien (325-395)*. Paris: Presses Universitaires de France] quien sostuvo que el Imperio no estaba en declive, sino que fue “asesinado”.

decadencia se está volviendo a revalorizar, surgiendo varios trabajos al respecto que evidenciarían que, aunque discutida, la historiografía del “declive” está lejos de haberse agotado<sup>2</sup>. De estas obras destacaría como ejemplo, sin lugar a dudas, la escrita por James W. Eder, a la que titularía *The Decline and Fall of the Roman Empire*; la inspiración en Gibbon no necesita explicación con semejante título. Sería perfectamente razonable plantear que es difícil huir del concepto de decadencia; al fin y al cabo, tanto las fuentes documentales como la tradición historiográfica clasicista reflejan esta situación. Sin embargo, creo que es igualmente razonable plantear la necesidad de estudiar el concepto en sí, así como la forma en la que se forja, extiende y domina la tradición historiográfica – y, por qué no decirlo, también cultural – occidental; un estudio de este concepto podría ayudar a aclarar concepciones y modos de pensar que podrían resultar evidentes o incluso “naturales”, pero que quizá no lo sean tanto. Sería precisamente en este estudio donde este trabajo podría enmarcarse, analizando a este autor tan sumamente relevante para su conceptualización y generalización. Si a estas consideraciones se le añade la erudición de Gibbon y su capacidad para transmitir una imagen que refleje las opiniones y temores de la aristocracia romana, su obra se convierte en un clásico de obligada lectura para cualquiera que desee estudiar el fin del mundo antiguo en Europa; en cualquier caso, se ampliará e insistirá un poco más sobre su importancia en el primer capítulo de este trabajo. Además, la existencia de obras recientes que tratan a Gibbon como historiador y precursor de las teorías explicativas sobre el fin del mundo romano – incluso en el siglo XXI, como la monumental obra que J.G.A. Pocock le dedica por entero – supone una prueba adicional sobre la importancia actual que presenta el estudio de este autor para la historiografía antigua occidental.

Para terminar con esta introducción, habría que especificar unas últimas consideraciones con respecto a este trabajo. En primer lugar, expresar la dificultad que resulta leer a Gibbon e interpretarlo correctamente; aunque repite con cierta frecuencia sus ideas principales, la esencia de su razonamiento está contenida en la complejidad y riqueza de su texto y vocabulario. Su lenguaje literario, con uso frecuente de tropos, es en muchas ocasiones indirecto y tiende más a la insinuación que a las afirmaciones categóricas; es un autor que necesita múltiples lecturas para entenderse por completo. En segundo lugar, especificar que, tras la atenta lectura de la obra al completo, este trabajo analizará fundamentalmente la primera mitad de la misma – correspondientes a los capítulos I-XXXVIII – donde Gibbon estudia y analiza el “declive y caída” del

---

<sup>2</sup> Dos buenos ejemplos serían el trabajo de ominoso título de Bryan Ward-Perkins [Ward-Perkins, P. (2005). *The Fall of Rome*. Oxford: Oxford University Press] y el de Peter Heather [Heather, P. (2006). *The Fall of the Roman Empire: A New History of Rome and the Barbarians*. Oxford: Oxford University Press].

Imperio romano; el carácter fundamentalmente occidental de este fenómeno predominaría en la prosa de Gibbon, sobre todo en la última parte de la primera mitad de su obra, mediante la cual relataría y razonaría las transformaciones que se darían en Europa, mientras que no hace gran cosa por explicar las razones de la supervivencia del Imperio romano en Oriente. Aunque el estudio del resto de la obra merecería, probablemente y como mínimo, otro trabajo de proporciones similares al presente, la opinión de Gibbon sobre lo que pasaría a denominarse como imperio bizantino sería de desdén<sup>3</sup> y bastante separada de lo que él consideraría como historia romana<sup>4</sup>; el imperio bizantino sería griego<sup>5</sup> – orientalizado, corrupto, débil y en constante decadencia, incluso en sus momentos de máximo poder (DF XLI, 174-177) – no latino, y por consiguiente una entidad separada. Debido a esta diferenciación que el propio autor hace entre Occidente y Oriente, las referencias que se hagan a la segunda mitad del *Decline and Fall* serán más escasas, y únicamente cuando puedan complementar, expandir, o completar el estudio conceptual del declive occidental y sus elementos que se está planteando. Este trabajo no es un trabajo bibliográfico, sino un trabajo que analiza, fundamentalmente, la parte de la obra de Gibbon que se ha especificado con anterioridad; esto significa que sólo se recurrirá a bibliografía externa para complementar el análisis. El objetivo planteado sería, por tanto, un análisis del término historiográfico de “declive” tal y como Gibbon lo entendió en su momento, y tal y como Gibbon lo estructuró y lo conceptuó en su obra. Tampoco tratará este trabajo de corregir a Gibbon, ni de criticarlo salvo quizá en puntos muy concretos cuando sea relevante, pero sí que se intentará estudiar el origen de sus premisas en la medida de lo posible. Muy interesante sería un análisis pormenorizado de las influencias que Gibbon tuvo en la historiografía del fin del mundo antiguo, tanto consciente como inconsciente, pero un estudio de tal amplitud se saldría del alcance de este trabajo.

---

<sup>3</sup> La única razón por la que Gibbon estudió historia bizantina es por su conexión con eventos históricos fundamentales: “I should have abandoned, without regret, the Greek slaves and their servile historians, had I not reflected that the fate of the Byzantine monarchy is passively connected with the most splendid and important revolutions” (DF XLVIII, 218). Algunos de estos eventos serían la expansión musulmana o las cruzadas, siendo estos dos responsabilidad bizantina por la debilidad de su imperio: si Bizancio hubiese controlado o convertido a los árabes, éstos no habrían formado el califato (DF XLVIII, 218); si Bizancio hubiera sido suficientemente fuerte, no habrían retrocedido ante el avance musulmán y no habrían necesitado pedir ayuda a Occidente, evitándose las cruzadas (DF LVIII, 195). Probablemente lo más positivo – y casi lo único – que Gibbon detectaría relacionado con el Imperio bizantino sería la extensión de los paulicianos que les permitirían viajar a Europa e influir en los primeros intentos de reforma en la Iglesia (DF LIV, 18-21); y aún así, el papel de Bizancio en esto seguiría siendo pasivo e indirecto.

<sup>4</sup> Para Gibbon, el Imperio bizantino no sería más que una sombra de su pasado romano: “Constantinople adopted the follies, though not the virtues, of ancient Rome” (DF XL, 20)

<sup>5</sup> Aunque reconoce la importancia de los griegos para el surgimiento del Renacimiento italiano (DF LXIII, 283), Gibbon considera a los griegos “trabajadores pero poco belicosos”, sometidos a la voluntad de un solo hombre (DF LX, 359); siempre relacionados con los excesos y defectos que asocia con los orientales.

También desde un punto de vista formal es conveniente tratar una serie de cuestiones. El sistema de citas elegido es el que me ha parecido más limpio y claro de los dos que nos han obligado a elegir (ISO y Harvard): el sistema Harvard. Sin embargo, se hará uso de notas a pie de página en dos circunstancias: primera, para aplicar el aparato crítico en las partes del trabajo donde sea necesario; y segunda, para colocar las citas textuales que, salvo alguna excepción y con el objetivo de ser lo más fiel posible al material original, siempre se harán en inglés. El objetivo de las notas a pie de página sería, por tanto, impedir en la medida de lo posible una ruptura o fragmentación de la estructura y argumentación principal del presente trabajo. La naturaleza de clásico moderno que el *Decline and Fall* tiene, así como la enorme variedad de ediciones y versiones que existen, requerirá una forma específica de cita que tiene como finalidad facilitar la consulta de las mismas: estará compuesta por las siglas *DF*, el número del capítulo en nomenclatura romana, y el número de la página en números arábigos. Por tanto, para referenciar la página 125 del segundo volumen, que corresponde al duodécimo capítulo, se hará de la siguiente forma: (*DF* XII, 125). La versión del *Decline and Fall* que se estudiará y citará en este trabajo será la edición de J.B. Bury en su reimpression de la editorial Fred De Fau & Co. que se publicó entre los años 1906 y 1907<sup>6</sup>.

## 1. Edward Gibbon y su obra

Antes de analizar la obra de Edward Gibbon en sí, que será la parte central de este trabajo, conviene presentar tanto al autor como a su obra. En los dos primeros apartados de este capítulo se procederá a introducir la vida de Gibbon, así como información que pueda ser de interés acerca de la obra y sus ediciones posteriores. No será la presente, por supuesto, una biografía completa<sup>7</sup>, pero sí una escueta explicación de su vida que dé contexto a la elaboración del *Decline and Fall* y el trabajo del autor. Los dos apartados siguientes tratarán de colocar a estos dos elementos, autor y obra, en un contexto histórico-cultural determinado y concreto. Las tesis explicativas de Gibbon son un producto de su tiempo y entorno, y no pueden entenderse correctamente sin tenerlos en cuenta.

---

<sup>6</sup> En doce volúmenes: I (1906, lxxiv + 322 pp.), II (1906, xiii + 369 pp.), III (1906, xi + 446 pp.), IV (1906, ix + 359 pp.), V (1907, xi + 378 pp.), VI (1907, xi + 368 pp.), VII (1907, xi + 406 pp.), VIII (1907, xiv + 444 pp.), IX (1907, xii + 410 pp.), X (1907, xii + 405 pp.), XI (1907, xii + 338 pp.), y XII (1907, x + 412 pp.).

<sup>7</sup> Excelentes biografías sobre el autor serían las de Low, D.M. (1937). *Edward Gibbon, 1737-1794* London: Chatto & Windus; Craddock, P.B. (1982) *Young Edward Gibbon: Gentlemen of Letters*. Baltimore: Johns Hopkins University Press; o Ídem (1989). *Edward Gibbon, Luminous Historian 1772-1794*. Baltimore: Johns Hopkins University Press; entre otras.

### 1.1. El camino hacia el *Decline and Fall*

Posiblemente, la mejor presentación que Edward Gibbon puede tener en una sola frase es la que realizaría John Stuart Mill, recogida por W.E.H. Lecky en la introducción a la edición de Bury del *Decline and Fall*: el único historiador del siglo XVIII que ha resistido la crítica decimonónica (*DF* Introduction, xvii); ninguna otra obra de esa época ha sido tan estudiada, ha resultado tan popular, ha despertado tanto interés o se encuentra aún en una posición de cierta autoridad histórica. Si a su fiabilidad histórica se le añade además su capacidad narrativa, no es de extrañar que *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* sea ampliamente considerado como una de las obras fundamentales de la literatura inglesa.

Gibbon nació en 1737, perteneciente a una familia de cierta capacidad económica y con un asiento en el Parlamento. De salud delicada, pronto descubriría una sobresaliente pasión por la lectura que, según sus propias palabras, le permitiría haber leído a sus dieciséis años todo lo que estaba escrito en inglés sobre árabes y persas, tártaros y turcos; recurriendo a continuación a obras francesas con el mismo énfasis (*DF* Introduction, xviii). También con dieciséis años habría ingresado en Oxford, pero el periodo que allá pasara probaría ser extremadamente estéril y terminaría marchándose tras una sorprendente conversión al catolicismo; conversión que le excluiría del paraje universitario y anglicano inglés. Como resultado, acabaría en Lausana, Suiza, donde su formación se tornaría mucho más productiva gracias al acceso de abundantes obras que allá tendría y a un trabajo autónomo e independiente; también, volvería a convertirse al protestantismo durante su estancia. Durante esta estancia se familiarizaría mucho con el francés, más incluso que con su propio idioma, y le permitiría sumergirse en la extensa literatura y cultura francesa.

Tras un servicio militar de un par de años que le serviría en su profesión histórica pese a las molestias que le causaría (*DF* Introduction, xxiii), realiza un viaje de dos años por Francia e Italia que sería determinante en la dirección que tomaría como autor. Este viaje contribuiría a profundizar el carácter cosmopolita que ya habría adquirido en Lausana, favoreciendo que Gibbon se aproximase mucho al ideal de caballero ilustrado: formación literaria extensa y cosmopolitismo, tanto en filosofía como en gustos y comportamiento. Pero probablemente lo más destacable de este viaje sería su llegada a Roma, donde realizaría una visita al capitolio y, tras presenciar a unos frailes realizando sus letanías sobre lo que él pensaba que era el templo de Júpiter, sería cuando finalmente decidiría hacer una historia del declive de Roma, aunque inicialmente sólo lo había limitado a la ciudad y no a todo el Imperio (Delgado, 2012: 469-470). Esto no significa que empezase a trabajar inmediatamente, pues debería atender otras obligaciones como una breve y anodina carrera política en la

Casa de los Comunes, pero en cuanto gozó de tiempo e independencia económica, se pondría por fin a elaborar esta titánica obra que en alguna ocasión desearía incluso abandonar debido a su complejidad (Delgado, 2012: 470).

## **1.2. El texto de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire***

El siguiente apartado estará basado fundamentalmente en el estudio textual que el profesor Delgado (2012) hizo de la obra de Edward Gibbon.

Varios años de arduo trabajo finalmente darían sus frutos cuando, en 1775, tendría su primer manuscrito preparado que se publicaría un año más tarde, tratando en este primer volumen el periodo que comprende entre la dinastía de los Antoninos y su final, hasta la muerte de Constantino. Esta primera edición sería en cuarto (27.5 x 22 cm.), contaría con setecientas páginas – que también contendrían, además de la narrativa principal, un completísimo aparato crítico en forma de una enorme cantidad de notas impresas al final del volumen – y sería de mil ejemplares que se agotarían con gran rapidez, generando varias tiradas en menos de cinco años debido a su elevado éxito. Si a este aparato del que Gibbon hizo gala, complejo y de erudición evidente, se le añade una prosa elegante, precisa y cautivadora, no es de extrañar que Gibbon tuviera el éxito inmediato que tuvo.

Tras un periodo de diversificación y esparcimiento intelectual, Gibbon se sentiría renovado para reiniciar su trabajo, y entre 1780 y 1781 publicaría el segundo y tercer volumen de su *magnus opus*, de 1350 y 1316 páginas respectivamente, comprendiendo desde los sucesores de Constantino, hasta la caída definitiva del imperio romano en Occidente y la aparición de los reinos sucesores. Gibbon era extremadamente cuidadoso y exigente sobre cómo debía ser su obra, por lo que una tardanza de esta naturaleza era de esperar. Serían estos tres primeros volúmenes los, probablemente, más interesantes de los seis, y bien podría haber terminado su obra tras éstos, concluyendo incluso con un apartado llamado *General Observations on the Fall of the Roman Empire in the West* a modo de reflexión final – aunque este tercer volumen no terminaría en este apartado al dar por terminado el primero – y también principal en mi opinión – de sus objetivos: la narrativa al completo del declive del Imperio romano en Occidente.

Los últimos tres volúmenes, que cubrirían el Imperio bizantino desde el gobierno de Justiniano hasta la conquista de Constantinopla por los turcos y la Europa medieval, se finalizarían, de nuevo tras un descanso, entre 1786 y 1787. Al igual que con los otros volúmenes, se involucraría directamente en el trabajo de impresión ya que, no sólo estaba preocupado por su reputación como historiador, sino también por su situación económica. Estos tres últimos volúmenes tendrían un total de 2037

páginas y 3451 notas, y tuvieron un éxito de similar importancia a los anteriores. La obra en su conjunto sería bien acogida aunque, por supuesto, con excepciones.

La atención y renombre inmediatos y longevos que tendrían el *Decline and Fall* harían que sufriese modificaciones editoriales para adaptarse a las nuevas realidades y necesidades del público a lo largo de los años. La primera modificación sería su edición en octavo en 1783, de menor tamaño y más barata, que gozaría también de un éxito indiscutible. Habría algunas diferencias textuales, además de las tipográficas que serían de esperar, entre ambas ediciones, cuarto y octavo, pero el propio Gibbon se aseguraría de que fueran las mínimas posibles a nivel de contenido, supervisando directamente su calidad como haría con el resto de la obra. El resto de modificaciones editoriales corresponderían, ya tras el fallecimiento de Gibbon, a las diferentes ediciones que surgirían y sus revisiones, primero la del reverendo Henry Milman en 1846, segundo la edición del profesor John Bury entre 1896 y 1900, y por último la más moderna del profesor David Womersley en 1994. Cada una de estas ediciones tiene diferencias e interés singular que la distinguen del resto por diversos motivos, y se adaptan a los intereses y el público de sus respectivas épocas.

Para cerrar este apartado de presentación, conviene dedicar algunas palabras a las traducciones al español de esta obra de tan singular valor. Las dos únicas traducciones que existen para nuestro idioma hasta la fecha de la obra al completo<sup>8</sup> tienen importantísimas deficiencias, tanto que una de ellas ni siquiera se puede llamar realmente una traducción “completa”. La primera y única traducción completa en sentido estricto del *Decline and Fall* corresponde a la que José Mor de Fuentes realizaría entre 1842 y 1847. La calidad de esta traducción sería, como poco, cuestionable debido a la modificación del estilo narrativo gibboniano, tan importante y fundamental para la apreciación del *Decline and Fall*, con expresiones grandilocuentes propias del traductor que, lejos de mejorar la obra original, la perjudicarían seriamente. Esta versión tendría una revisión editorial y reelaboración publicada en 2006, pero esta versión no parece haber hecho gran cosa por sacar por fin, tras más de doscientos años, una buena versión en castellano. La segunda traducción del *Decline and Fall* sería la que corresponde a José Sánchez de León Menduiña, publicada en 2012 sobre una reimpresión de la versión de Bury. Independientemente de la calidad de su traducción, también de muy escasa fidelidad tanto en contenido como en estructura, probablemente el mayor disparate que presenta esta traducción es la supresión por parte de Sánchez de León de la mayoría de las notas a pie de página; no sólo las de

---

<sup>8</sup> Existe también una traducción de Carmen Francí Ventosa [Francí Ventosa, C. (2000) *Historia de la Decadencia y caída del Imperio Romano*. Barcelona: Alba] de la versión abreviada del *Decline and Fall* de Dero A. Saunders.

Bury, sino también las del propio Gibbon, dejando únicamente las que a juicio del traductor serían las imprescindibles para entender y aclarar el texto principal. El criterio que utiliza para decidir cuáles de estas notas serían las necesarias y cuáles no, resulta un completo misterio que el propio Sánchez de León no parece aclarar en ninguna parte; su supresión del aparato crítico de la obra de Gibbon no parece estar justificado de forma satisfactoria. Teniendo en cuenta la importancia que Gibbon y su obra tienen, así como las prontas y fieles traducciones que de ésta se realizaron al alemán, francés e italiano, es absolutamente insólito que para el español no exista ninguna adaptación completa que tenga una cierta calidad. Resulta una verdadera lástima que la única forma que un hispanohablante nativo tiene de disfrutar de esta obra de tamaño importancia para la historiografía, tanto del mundo antiguo como del mundo medieval, sería la de adquirir un cierto dominio de otro idioma que no sea el suyo.

### **1.3. Edward Gibbon y el pensamiento ilustrado**

A partir del siglo XVIII, la estructura política y social de Occidente, particularmente en la Europa atlántica, experimentó una serie de cambios importantes y entró en un periodo que pasó a llamarse la Ilustración. Entre otros, es un periodo que se caracteriza por la existencia de una gran cantidad de Estados, cada uno suficientemente fuerte para garantizar una sociedad civil y estable, dentro de una política estatal de guerras y tratados de cierta racionalidad. Esto contrastaría con el periodo anterior de revueltas regionales y guerras de religión, que a su vez serían precedidas por siglos de supremacía señorial y eclesiástica. Este nuevo periodo ilustrado vería la presencia de numerosas ideas que influirían a Gibbon, teniendo muchas de ellas base en algo denominado por J.G.A. Pocock (2003: 309) “el momento maquiavélico”. Sería desde este momento cuando la libertad de los tiempos antiguos se revalorizaría, generando algunos debates acerca de qué significaba esa libertad y en qué se podría traducir para ese momento. Un ejemplo de los debates más destacables sería la posición de Dafoe frente a Trenchard, quien consideraba que los individuos que portaban sus propias armas eran más pobres, bárbaros y feudales que la alternativa del individuo más rico y feliz que podría, a través del parlamento, utilizar un ejército mercenario para conducir las guerras de forma más efectiva sin amenazar ni sus propiedades ni libertades (Pocock, 2003: 313). El estudio de la Antigüedad y la virtud romana comienzan a entenderse como una forma de resolver cuestiones relativas a una sociedad con fuertes influencias clásicas gracias al Renacimiento. Esta

fuerte estima de la cultura clásica haría que muchos, Gibbon<sup>9</sup> incluido, se vieran reflejados en ella, por lo que eso significa que estudiar los signos de su declive se convertiría en algo más que un simple ejercicio histórico<sup>10</sup>. El Imperio romano, además, había servido de referencia para la historiografía occidental desde hacía muchos siglos, y ya contaba con una fuerte tradición en lo que a su interés y trabajo se refiere en tiempos de Gibbon. El Imperio romano, además, contrastaba con otros imperios de la Antigüedad que se conocían, porque no había sido edificado por una dinastía de señores de la guerra o de reyes sagrados que mandaban desde sus palacios, sino que se había conseguido por una república que se derrumbó bajo el peso de sus propias instituciones, que le sobrevivirían. El legado que el colapso del Imperio dejaría para el pensamiento político occidental estaba en la noción entre *imperium* y *libertas* tacitea (Pocock, 2005: 331) por la que el segundo construye el primero y el primero destruye el segundo. Se elaborará más esto en el siguiente apartado de este capítulo.

Una de las características más significativas de la Ilustración fue su espíritu cosmopolita y europeo, un espíritu que permitió a Gibbon viajar y sumergirse no sólo en las corrientes historiográficas británicas – fundamentalmente escocesa, a la que debe mucho – sino también a la francesa. Gracias al tiempo que pasó fuera de Inglaterra, Gibbon fue capaz de sumergirse en un ambiente intelectual variado que no sólo influiría su pensamiento historiográfico, sino también filosófico y religioso – protestantismo inglés y catolicismo galicano y tridentino (Pocock, 2004: 138). Igualmente influyente sería la realidad política en la que está enmarcada la Ilustración gracias a Utrecht: favorecimiento de los principados autónomos frente a las pretensiones de monarquía universal, la tolerancia frente a las guerras de religión, y autonomía con respecto al papa (Pocock, 2004: 139). Estas nuevas realidades forjarían lo que Pocock (2009: 369) llamaría la “narrativa ilustrada”, una narrativa con la que Gibbon pronto se familiarizaría y que intentaría elaborar una concepción moderna de la historia – es decir, que superase la narrativa medieval/moderna temprana altamente dependiente de las concepciones religiosas – que critica tanto el “entusiasmo” protestante como la “superstición” católica<sup>11</sup>. Pero también a nivel político supondrían una novedad, ya que esta narrativa ilustrada tendría como ideal un

---

<sup>9</sup> “Gibbon considered his society and its empire to be the height of social achievement, comparable with [...] the Roman Empire” (McKitterick y Quinault, 1997: 4).

<sup>10</sup> Éste sería el objetivo de su *General Observations on the Fall of the Roman Empire in the West*, y no tanto un resumen conclusivo de su trabajo sobre el Imperio. Esta razón haría que muchos lectores consideren este apartado como “decepcionante” (Pocock, 1977: 295; 2015: 490).

<sup>11</sup> El pensamiento ilustrado, particularmente el protestante, diferenciaría entre ambos conceptos para describir el celo religioso. En esta comparativa, el “entusiasmo” siempre sería preferible a la “superstición”, pero ninguna posición sería ideal (Pocock, 2009: 370).

gobierno civil, y el establecimiento de un sistema de Estados capaces de controlar a la religión y atender a sus propios asuntos sin tener que recurrir principalmente a la fuerza para favorecer la estabilidad. Este tipo de gobierno civil favorecería un trato civil entre Estados que impulsase el florecimiento de la cultura y del comercio, y en el que los europeos pudiesen vivir e interactuar sin tener en cuenta las divisiones teológicas o ideológicas. Esta historiografía favorecería, por tanto, la sociabilidad y las formas civiles (Pocock, 2009: 370), y en este contexto escribe Gibbon su *Decline and Fall*, un contexto con el que tendrá fuertes afinidades, basando en esta metanarrativa parte de sus hipótesis, pero no completamente, ya que no presta atención exactamente a sus mismos intereses<sup>12</sup>.

Uno de los aspectos que hay que explicar para poder entender a Gibbon es el gran conflicto entre anticuarios o eruditos (*érudits*) y los historiadores filosóficos (Momigliano, 1954: 451). Los eruditos eran considerados los investigadores, proveedores de hechos, y eran los pensadores tras la historiografía renacentista y anterior a la historiografía filosófica. Por otro lado, los historiadores filosóficos empezarían a realizar sus actividades hacia el siglo XVIII y estaban menos interesados en los hechos y detalles concretos, y mucho más en lo que procedió a llamarse como “civilización” (Momigliano, 1954: 453). Estos historiadores, por tanto, no prestarían demasiada atención a los hechos individuales, sino a la elaboración de un ensayo que pudiese generar teorías y conclusiones sobre la evolución de la especie humana. Mientras que los eruditos se enorgullecían de tomar largas notas, los historiadores filosóficos ignoraban estas cuestiones en pro de facilitar la lectura y la comprensión, seleccionando aquellos hechos que consideraban más relevantes según una teoría preconcebida que pretenderían demostrar (Momigliano, 1954: 453). Aunque Gibbon se puede considerar como un historiador filosófico, él se daría cuenta de algo que sus compañeros de profesión no: la importancia de los hechos; unos hechos<sup>13</sup> que, en conjunción con una narrativa brillante y un paradigma teórico (filosofía), generarían lo que hoy día se concibe como la disciplina histórica. Gibbon conciliaría, de esta forma, dos formas de hacer historia aparentemente antagónicas, presentando las teorías filosóficas de una manera mucho más convincente y demostrando que la erudición no implicaba necesariamente falta de elegancia y reflexión; al mismo tiempo, la historia

---

<sup>12</sup> “But if it is the metanarrative it is not the narrative of the *Decline and Fall*; Gibbon did not reiterate the Enlightened narrative as Voltaire, Hume or Robertson had written it. [...] The ascendancy of feudal and clerical power in the Latin west [interested him], but it is not the central narrative” (Pocock, 2009: 271).

<sup>13</sup> Las evidencias historiográficas recogidas por Gibbon no se limitarían a la recolección de pruebas literarias, sino también de otros tipos, iniciadas por la Académie des Inscriptions, convirtiéndolo en “the champion of a more scientific history” (Ando, 2009: 61).

filosófica cesó de ser una aproximación arbitraria y quedaría supeditada a las reglas de la crítica histórica tradicional (Momigliano, 1954: 460).

#### **1.4. Edward Gibbon como historiador: la narrativa gibboniana**

Además de su carrera e influencias historiográficas, es conveniente analizar las convicciones personales del autor. Gibbon era un humanista y modernista en su pensamiento religioso y filosófico, aunque conservador en sus consideraciones políticas: aunque defiende las virtudes e instituciones republicanas, y la participación política de los ciudadanos como alternativa al despotismo, desprecia el fanatismo en todos sus aspectos, incluyendo en los sentimientos democráticos<sup>14</sup>. Como tory privilegiado, defiende la importancia del derecho aristocrático de nacimiento (Rogers y Hingley, 2010: 3), pero también iría cambiando de parecer, volviéndose más whig en muchas de sus opiniones (Pocock, 2003: 445). Gibbon se muestra de esta forma como un autor que valora la moderación en todos sus aspectos – civil y militar.

Aunque se ha expuesto en este trabajo que no es el objetivo del mismo criticar la metodología de Gibbon, sí que sería de rigor al menos comentarla y tratar de vislumbrar por qué es un autor tan relevante. La clave para entender el razonamiento histórico de Gibbon estaría en su *Essai sur l'étude de la littérature* de 1758-1761 (McKitterick y Quinault, 1997: 271), en el que explica que hay que diferenciar entre las causas generales – entre las que se encontrarían las que afectan fundamentalmente al carácter y comportamiento de las personas – de las superficiales y particulares. Una vez que se tiene una teoría de causas generales, permitiría entonces analizar tanto la grandeza como la caída de los imperios (McKitterick y Quinault, 1997: 271); con esta declaración se puede comprobar hasta qué punto resultan relevantes las enseñanzas de Tucídides para su obra. En lo referente a los hechos en sí, la enorme cantidad de correcciones y aclaraciones que sobre su *magnum opus* haría Bury es un indicador de las carencias y limitaciones que posee para una perspectiva actual; además, los hechos de los que se hace eco son más fácilmente leídos en otras obras (Bowersock, 2009: 4). La fuerza e interés sobre Gibbon hoy día subyacen, sobre todo, en su capacidad narrativa que asemeja su obra a un drama teatral, pero también en su capacidad para filtrar e interpretar el conocimiento de épocas pasadas sobre el tema (Bowersock, 2009: 12) y crear, no sólo un hilo conductor fiable, sino de establecer unas causas y unos efectos claros con un contexto filosófico que incluso en la

---

<sup>14</sup> Gibbon era consciente de los peligros que podrían entrañar estas actitudes: la Commonwealth de Cromwell, su puritanismo y fanatismo, tanto religioso como político, era un apartado de la historia británica que tenía muy en cuenta. Su opinión de los revolucionarios franceses tampoco sería particularmente positiva (Pocock, 1977: 302).

actualidad resultan familiares. Ya sea de forma consciente o inconsciente, Gibbon continúa siendo parte del “mobiliario mental de toda persona razonablemente literata” (McKitterick y Quinault, 1997: 1). Gibbon establecería las perspectivas historiográficas actuales sobre el fin del mundo antiguo y el comienzo del mundo medieval, siendo la base fundamental del paradigma de la importancia del declive y el colapso del Imperio. Pese a esta influencia, hay que tener en cuenta que sus hipótesis no son ascéticas y, pese a su importancia o incluso la posibilidad de adaptarlas hasta cierto punto en la historiografía actual, hay que tener en cuenta que tienen un origen muy concreto en un contexto muy concreto.

Fruto también de su tiempo y de su concepción social serían sus juicios sobre algunos conceptos destacables en su narrativa: orientalización, virilidad y monarquía absoluta. El aumento del despotismo en el gobierno del principado haría que Gibbon frecuentase sus comparaciones entre éste y una monarquía absoluta más que con cualquier otra forma de gobierno (despótica o no). Reconoce Gibbon que la dinastía Antonina no es una forma republicana (*DF* II, 42), sino despótica, de gobierno. Pero, al contrario que en momentos posteriores, durante la dinastía de los Antoninos se respetaban las formas civiles, la etiqueta social basada en la ley y las artes, como un principio básico del gobierno. Había formas de control social que no descansaban en la violencia directa que eran muy efectivas, de forma que se pudo mantener una estructura basada en la paz, el florecimiento de las artes, la prosperidad y la felicidad. Donde hay diversidad política, puede haber virtud; sin embargo, bajo una monarquía universal, las artes decaen ya que su fundamento descansa en la libertad, la retórica y las formas civiles, siendo éstas cada vez menos frecuentes en proporción al aumento del despotismo. La influencia de la nueva realidad política tras Utrecht resulta evidente: si Westfalia fue el primer gran freno a las pretensiones de instaurar una monarquía universal en Europa, Utrecht sería el paro definitivo, con la derrota de los borbones. Las opiniones que defendían los beneficios de una monarquía absolutista universal eran muy escasas en esa época, particularmente entre los círculos ilustrados, y Gibbon no sería una excepción: la comparación que hace entre Diocleciano y Carlos V (*DF* XIII, 189-190) no es casual, y es representativa de la opinión que le merecen ambos actores<sup>15</sup>. En el segundo capítulo de este trabajo se desarrollará un poco más todo esto.

---

<sup>15</sup> Si bien la comparación entre Carlos V y Diocleciano, probablemente los dos mayores ejemplos de precursores de la monarquía universal para Gibbon, es el ejemplo más claro de la opinión de Gibbon sobre los imperios universales – al fin y al cabo, Diocleciano sería el que implantaría el sistema absolutista que acabaría con el Imperio a la larga – hay otros ejemplos. Su descripción de la evolución del cristianismo primitivo asambleario en una jerarquía más despótica y corrupta sería un ejemplo claro, pero particularmente revelador sería también su juicio sobre la asamblea de las siete provincias de la

Igualmente se pueden hacer algunas aseveraciones de interés en lo referente a sus concepciones sobre lo oriental y la afeminación – que generalmente iban de la mano. Para Gibbon, la corrupción, el despotismo y el lujo<sup>16</sup> que generalmente asocia con los orientales serían, no las causas, pero sí los signos de una civilización en decadencia. Gibbon no tiene buenas opiniones acerca de las influencias orientales: los dañinos efectos de los eunucos en el gobierno<sup>17</sup>, su arquitectura y arte<sup>18</sup>, su tendencia a comportarse de manera afeminada y servil (*DF* III, 101) que contagiarían a los romanos, y el despotismo que los caracterizaría y que más tarde adoptarían Diocleciano y sus sucesores serían sólo unos pocos ejemplos de su desdén por lo oriental. Estas opiniones estaban bastante extendidas en el siglo XVIII y resultaron un ingrediente básico en su descripción de la corrupción del Imperio, utilizando el “lujo oriental” como tropo literario (McKitterick y Quinault, 1997: 335). Frente a esta imagen de despotismo que las influencias orientales tienen en la narrativa gibboniana, serviría como el perfecto contraste la comparación entre germanos, poseedores de un espíritu viril, libre y guerrero, frente a los afeminados súbditos orientalizados. Los bárbaros guerreros se han asociado con un espíritu ingobernable desde tiempos de Herodoto, así como con una completa falta de disciplina y su prioridad absoluta en la libertad (Pocock, 2005: 13). En el contexto del declive y caída del Imperio, los bárbaros funcionarían como una especie de renovadores del vigor y virtud romanos frente a la corrupción oriental con la que se encontraron.

Si su calidad narrativa sería, posiblemente, la razón principal por la que los planteamientos gibbonianos han perdurado y perduran aún en la actualidad en mayor o menor medida, las propias fuentes y su utilización darían calidad académica a su obra que aún hoy es aplaudida. La visión transmitida a lo largo del *Decline and Fall*

---

Galia, órgano representativo y republicano, declarando que de haberse aplicado este tipo de medidas con mayor anterioridad “the Roman empire might have remained invincible or immortal” (*DF* XXXI, 287).

<sup>16</sup> En este trabajo se plantea cuál sería el papel del lujo, quedando con una respuesta quizá no completamente clara. En este caso específico tiene connotaciones visiblemente negativas, pero porque está asociado al despotismo y corrupción oriental; el lujo está unido a la pompa que haría que el emperador se preocupase cada vez menos por sus dominios y cada vez más por sí mismo: “Whatever might be consumed for the present wants, or reserved for the future use, of the state, the first and most sacred demand was for the pomp and pleasure of the emperor; and his discretion could only define the measure of his private expense” (*DF* LIII, 332). Sin embargo, cuando el lujo está relacionado con el incremento de la riqueza y suntuosidad de los ciudadanos en general, no tiene el mismo significado.

<sup>17</sup> “The aversion and contempt which mankind has so uniformly entertained for that imperfect species appear to have degraded their character, and to have rendered them almost as incapable as they were supposed to be of conceiving any generous sentiment or of performing any worthy action. But the eunuchs were skilled in the arts of flattery and intrigue” (*DF* XIX, 224).

<sup>18</sup> Gibbon disculpa la destrucción de palacios persas por Juliano de esta forma: “A simple, naked statue, finished by the hand of a Grecian artist, is of more genuine value, than all these rude and costly monuments of Barbaric labour: and, if we are more deeply affected by the ruin of a palace than by the conflagration of a cottage, our humanity must have formed a very erroneous estimate of the miseries of human life” (*DF* XXIV, 133).

tiene aún relevancia porque Gibbon utiliza las propias perspectivas y consideraciones que los intelectuales del Bajo Imperio tendrían de sí mismos, algo que no estaría presente incluso en obras relativamente recientes (Momigliano, 1978: 449). No es nada difícil recoger quejas en textos antiguos sobre el aumento de la carga tributaria, la infertilidad de la tierra y del ser humano, y, sobre todo, el irremediable aumento del despotismo. Pero ninguna de estas quejas sería una novedad en el siglo cuarto, mientras que sí lo era la victoria del cristianismo, al tiempo que veían cómo el derrumbe de los valores tradicionales romanos acompañaría a la desaparición del Imperio. Una de las fuerzas principales de Gibbon es precisamente por ser uno de los escasos historiadores que centró su atención en los propios actores de los acontecimientos, y sus reflexiones sobre ellos mismos y su situación. Es verdad que hay mucho que explicar y considerar al margen de las fronteras de lo que los propios protagonistas de un periodo perciben y razonan, pero no es menos cierta la importancia que estos testimonios y perspectivas tienen para el conocimiento histórico (Momigliano, 1978: 449-450).

Una de las cuestiones que más llaman la atención sobre Gibbon es que eligiera precisamente empezar su Historia con la dinastía Antonina. ¿Qué impulsó a Gibbon elegir precisamente este momento para detectar los signos de declive que causarían la quiebra de un sistema que aún sobreviviría años? ¿Fue realmente la época de los Antoninos la que vería gestar el origen de ese “veneno secreto”? ¿Fue Cómodo realmente el punto de inflexión tras el cual el Imperio y sus valores se corromperían? ¿Por qué no Nerón, Calígula, Tiberio o el propio Augusto<sup>19</sup>? ¿Por qué no en una fecha más tardía que estuviera más cercana y que pudiese ligar con mayor facilidad al derrumbe imperial? La respuesta, un tanto difusa, a esta pregunta parece estar relacionada con la influencia de Tácito en la narrativa gibboniana, quien consideraba que los problemas del principado eran derivados de la renuncia a continuar con los valores republicanos. Aunque no está completamente claro por qué Gibbon elige a Cómodo como el inicio de la decadencia, expresando el propio autor dificultades en este respecto, también estaría la influencia de Tácito entre las opciones que había barajado (Pocock, 2009: 376). En cualquier caso, lo que sí que se puede afirmar es que Gibbon encontraría en Tácito una explicación a la debilidad de Roma, apareciendo

---

<sup>19</sup> Es conveniente recordar que Tiberio era considerado como uno de los tiranos de Roma, hasta que el estudio de Theodor Mommsen en el siglo XIX cambia las consideraciones a nivel general sobre este monarca. De forma similar, los últimos estudios en la actualidad parecen desmentir al menos parte de la terrible fama de Nerón – por citar dos ejemplos: Champlin, E. (2006). *Nerón*. Madrid: Turner. Fernández Uriel, P. y Palop, L. (2013) *Nerón: la imagen deformada*. Madrid: Alcalá. En cualquier caso, esta misma duda pareció asaltar también al propio Gibbon (Pocock, 2009: 376). Sin embargo, las consideraciones que tuviera y que no estuvieran plasmadas en el *Decline and Fall*, aunque interesantes, superarían, por lo general, los límites de este trabajo.

el origen de este “veneno secreto” que destruiría el Imperio precisamente durante los Antoninos. Esto le permitiría introducir en su narrativa las guerras fronterizas, cada vez más peligrosas, hasta que Constantino surge victorioso, como una especie de Augusto que construiría un nuevo sistema (Pocock, 2003: 12-13). La narrativa tacitea en Gibbon también se deja ver en el declive moral, con una ausencia de una base material (Pocock, 2003: 323); fueron los césares los que destruyen la virtud cuando los soldados dejan de ser ciudadanos al dejar de ser una república de soldados colonizadores y conquistadores. Esta narrativa fue tremendamente popular en un contexto histórico y político en el que la política británica no podía dejar de ser asociada con la corrupción, considerándose que el fenómeno de corrupción era universal y procediendo a estudiarlo en la historia romana (Pocock, 2003: 314).

Pero la clave fundamental de la construcción de la narrativa tacitea se encuentra en la contradicción, aparentemente insalvable, de la relación entre *libertas* e *imperium* (Pocock, 2003: 419). Los ciudadanos libres son capaces de construir un imperio fuerte, pero son corrompidos por éste, y el imperio no puede sobrevivir una vez que ha destruido la libertad que fue capaz de constituirlo y que ya no defiende. *Decline and Fall* emerge como una compleja narrativa en la que la pérdida de las libertades republicanas y la transformación progresiva en una monarquía – primero en principado, y luego en una auténtica monarquía salvo en nombre –, paso necesario para poder controlar el imperio de forma efectiva, sería la razón por la que el Imperio entraría en declive. Este problema clásico sería el que Gibbon desarrollaría a lo largo de su obra, particularmente hasta la conversión de Constantino al cristianismo. Durante la dinastía de los Antoninos quedaría, sin embargo, aún virtud presente en el principado en forma de cultura y formas políticas que no dependen de la violencia. Por esto resultaría tan significativo el ascenso de la guardia pretoriana, una institución que es evidentemente militar y, por tanto, enemiga de esta forma de actuación política.

## **2. Edward Gibbon y la “decadencia” del Imperio**

En este capítulo se procederá a abordar la forma en la que el autor trata el declive y caída del Imperio romano. Se prestará atención a la narrativa del declive y caída en sí y sus efectos en las instituciones públicas imperiales que sustentarían el Estado, pero también a dos elementos importantes que el autor, aunque comenta su importancia, exime de responsabilidad directa y, de alguna manera y tal y como sugiere Clifford Ando (2009: 62), “disculpa”: el cristianismo y los bárbaros. La narrativa del discurso gibboniano es una larga y compleja cadena de causa-efecto en la que el inicio de la corrupción se va agravando cada vez más por diversos factores, a su vez causas y consecuencias de la misma, hasta convertirse en un fenómeno

prácticamente imparable. En este capítulo habrá pocos indicios claros sobre las causas de la corrupción inicial – o, quizá, cambio social, tal y como se razonará más adelante – pero sí habrá una importante sucesión de los efectos que causa y de las vulnerabilidades que genera a agentes externos, que a su vez debilitarían y colapsarían el Imperio de forma definitiva. Esta es precisamente la clase de narrativa que se encuentra en el *Decline and Fall*, y es exactamente lo que se pretende reflejar a continuación.

### **2.1 Gobierno, Ejército y fiscalidad: el relato del *Decline and Fall*.**

El propio Gibbon disuade contra las narrativas tradicionales renacentistas, más relacionadas con los eruditos, y considera, con un lenguaje más filosófico, que la vida personal y comportamientos de los emperadores sólo interesan en la medida que puedan quedar relacionados con el declive y caída de la monarquía (*DF VI*, 202). De esta forma, rechaza la forma tradicional de hacer historia renacentista, mucho más enfocada y concentrada en los personajes, los tratados y las batallas.

La hipótesis general del discurso gibboniano es sencilla pero, al mismo tiempo, muy compleja por la larga cadena de causa-efecto que evidenciaría: la pérdida del espíritu romano, que se traduciría en una crisis moral, disciplinaria, pérdida de virtud y de *genius*, que se traduciría en decadencia económica, militar, cultural y política. Gibbon culpa en muchas ocasiones al propio éxito<sup>20</sup> del Estado romano como una de las causas fundamentales del declive imperial<sup>21</sup>, pero no parece culpar al lujo o suntuosidad en sí mismas<sup>22</sup>. Detrás de este éxito estaría la felicidad que los romanos encuentran durante el cénit del Imperio, pero también estaría la causa principal, el “veneno secreto” que terminaría por corromper a la población de forma irremediable<sup>23</sup>. Este “veneno” afectaría a la propia romanidad del Imperio, degradando a sus ciudadanos hasta el punto de perder lo que sería para Gibbon la esencia de la virtud

---

<sup>20</sup> Incluso la propia extensión del Imperio sería algo que llamaría la atención al propio Gibbon, quien considera que debido a la misma, los ciudadanos que quisieran escapar del despotismo no podrían: la extensión de su propio Imperio les dejó sin ningún lugar en el que refugiarse (*DF III*, 104).

<sup>21</sup> “The sovereignty of the people was represented in the majestic edifices destined to the public use [...]. It was in works of national honour and benefit that the most virtuous of the emperors affected to display their magnificence” (*DF II*, 59).

<sup>22</sup> Algunos contemporáneos de Gibbon más radicales, como Rousseau, consideraron que el lujo y las comodidades provocaron la caída de la civilización romana, y podrían causar también la caída de la civilización occidental moderna (Pocock, 2004: 2). La narrativa que defiende Gibbon, aunque presenta algunas similitudes con esta hipótesis, no hace alusión al incremento de la riqueza y del lujo como causa específica del declive moral (Pocock, 1977: 295).

<sup>23</sup> “It was scarcely possible that the eyes of contemporaries should discover in the public felicity the latent causes of decay and corruption. This long peace, and the uniform government of the Romans, introduced a slow and secret poison into the vitals of the empire” (*DF II*, 71).

del pueblo romano, transformándolos de “ciudadanos” a “súbditos” orientalizados<sup>24</sup>. La diferencia entre esta terminología resulta fundamental, ya que un ciudadano sería aquel que es capaz de defender su país con las armas y el patriotismo, pero también sus intereses, con capacidades para intervenir en política, formular leyes y hacerlas respetar; un ejército de ciudadanos sería, además, fuerte y cohesionado precisamente por los profundos sentimientos que tendrían para con su nación gracias a su capacidad de intervención en política<sup>25</sup>; un súbdito se limitaría a obedecer y a tolerar el abuso y el despotismo de sus dirigentes, con un papel completamente pasivo en el gobierno y la sociedad. Gibbon considera que una vida fácil y tranquila, llena de éxitos y riquezas, tendría efectos perniciosos en las actitudes y valores sociales, que invariablemente relajarían los antiguos valores de patriotismo, valor y disciplina que convirtieron al Imperio romano en el Estado más poderoso y más importante de la historia de la humanidad.

Pero, ¿a qué se refiere exactamente Gibbon cuando habla de la degradación del espíritu romano y sus virtudes? Si se lee entre líneas, se puede plantear que lo que trata de describir no es otra cosa que un cambio social, un cambio social sobre el que las propias fuentes contemporáneas parecen estar poco concienciadas o, al menos, se hacen poco eco de las mismas (Ando, 2009: 63). Es un cambio social y de valores, en el que una nueva sociedad comienza a surgir, una sociedad con características diferentes a la anterior y que es tildada por “degenerada”, tanto por los propios historiadores contemporáneos, como por el propio Gibbon.

Tal y como se puede deducir del párrafo anterior, así como de las consideraciones al inicio de este apartado sobre su estilo de historia diferente a la historia renacentista de nombres y fechas, la preocupación principal de Gibbon es la de describir un cambio social general, y no tanto la descripción pormenorizada de detalles políticos o bélicos. Esto no significa que Gibbon descuidase por completo el análisis de la vida de los personajes más importantes, en particular los emperadores más relevantes en todo el proceso de colapso imperial, pero sí que lo hará adaptándolo a su propia técnica e interés narrativo: el cambio general. Para ello se basa en las interacciones de los diversos personajes y la población, sirviéndole este binomio para poder categorizar el nivel de la decadencia moral social general. De esta forma, cuando un personaje dirigente con ciertas características y atribuciones – virtuoso o corrupto – tenga

---

<sup>24</sup> Esta diferenciación que Gibbon realiza evidenciaría el cambio fundamental y completo que se produciría, solidificándose progresivamente hasta alcanzar su cénit cuando deja de tratar la Roma occidental y comienza con el Imperio bizantino.

<sup>25</sup> “That public virtue [...] is derived from a strong sense of our own interest in the preservation and prosperity of the free government [...]. Such sentiment [...] had rendered the legions of the republic almost invincible” (DFI, 12).

mayores o menores problemas en llevar a cabo sus políticas, es un indicador claro de cuán profundo es ese cambio social, así como sus efectos en el comportamiento de la población. Un ejemplo claro de esta técnica narrativa estaría en el intento de Decio por restaurar el oficio de censor como forma de intentar restaurar la virtud Antonina durante la llamada crisis del siglo III. Según Gibbon (*DF X*, 14), Decio investigaría las causas que habían llevado al Imperio a una situación de decadencia importante y averiguaría que para restaurar la grandeza perdida, antes había que restaurar la virtud pública, los principios antiguos y el gobierno de la ley. Para resolver este problema, Decio aplicaría una solución antigua: la restauración del oficio de censor, una magistratura que había resultado fundamental para el buen funcionamiento de la república romana. Pero esta decisión no tendría el efecto deseado, no sería una solución que se adaptase a la nueva realidad en la que los valores y modos de pensar republicanos no tenían el mismo significado que antes<sup>26</sup>. Con la narración de este intento de reforma, Gibbon está ilustrando precisamente el cambio de valores, el cambio social y político que supondría la nueva realidad romana; Decio, como emperador “virtuoso”, intenta restaurar la virtud en una sociedad que ya no la valora y la rechaza. Se podría plantear una situación similar al gobierno de Juliano quien, aunque gozaba de una posición más estable y fuerte que Decio, también fracasaría en sustentar reformas que le sobreviviesen, como sí que conseguiría Diocleciano que se adaptaría mejor a la nueva realidad.

La obra de Gibbon recoge una serie de indicadores que representan ese cambio social; uno de estos indicadores de cambio – o “declive”, como preferiría llamarlo Gibbon – está en la transformación de la vida política romana a lo largo del Imperio, así como el papel que tuvo el Ejército en todo este proceso. Para reflejar la importancia de este suceso, comienza por realizar una descripción de lo que para él sería la edad de oro del imperio – y también de la humanidad<sup>27</sup>: la dinastía de los antoninos. Si bien reconoce que el sistema republicano fue una de las razones que dieron la grandeza a los romanos, también declara que la instauración del principado por Augusto no rompe por completo con el sistema anterior, sino que crea un sistema en el que existe un cierto equilibrio entre la monarquía autocrática y la personalidad

---

<sup>26</sup> “A censor may maintain, he can never restore, the morals of a state. It is impossible for such a magistrate to exert his authority with benefit, or even with effect, unless he is supported by a quick sense of honour and virtue in the minds of the people, by a decent reverence for the public opinion, and by a train of useful prejudices combating on the side of national manners. In a period when these principles are annihilated, the censorial jurisdiction must either sink [...], or be converted into a partial instrument of vexatious oppression” (*DF X*, 16).

<sup>27</sup> “If a man were called to fix the period in the history of the world during which the condition of the human race was most happy and prosperous, he would, without hesitation, name that which elapsed from the death of Domitian to the accession of Commodus” (*DF III*, 99).

del emperador, y el senado. Estaría en la sinergia entre ambos la razón de la felicidad y la bonanza de los romanos que detalla con gran interés a lo largo de los tres primeros capítulos de la obra. Este sistema no sería otro que una monarquía absoluta disfrazada de república en el que los emperadores rendían cuentas al senado, al menos en teoría (*DF III*, 86), pero no en la práctica<sup>28</sup>. Un problema fundamental que tendría este sistema sería que es inherentemente hipócrita, fundado en los miedos de una personalidad autócrata que deseaba engañar a la gente para ofrecer una imagen de libertad civil, y al Ejército con una imagen de gobierno civil (*DF III*, 90). Éste sería, por tanto, un sistema contradictorio, tremendamente defectuoso, y que sólo funcionaría según interesase a los príncipes mantenerlo. La corrupción del palacio y de los príncipes parece que sería únicamente cuestión de tiempo: si el carácter del monarca dejaba de ser virtuoso, el sistema se derrumbaría, puesto que el príncipe tenía a su disposición todos los instrumentos de la opresión (*DF III*, 100). Y sería con Cómodo cuando, por fin, este interés comenzaría a desvanecerse: la corrupción y vicios de este personaje harían que potenciase la guardia pretoriana para sobreponerse a las instituciones republicanas; su incrementada fuerza y degeneración llegarían al punto en que, cuando un nuevo emperador quiso volver a la moderación y virtud antonina, los pretorianos lo eliminarían y pondrían el trono en venta (*DF V*, 135). Esta falta de respeto por los principios republicanos iniciada por Cómodo sería emulada e incentivada por la mayoría de los emperadores siguientes, debilitando cada vez más al senado y convirtiéndolo en una institución inútil en la práctica, así como las prerrogativas y el espíritu republicano que aún quedaba en el principado<sup>29</sup>. Esta corrupción y degeneración personal parecería contagiarse al resto de la sociedad, comenzando por el Ejército en general y la guardia pretoriana en particular. Esto tendría dos consecuencias fundamentales: en primer lugar, el aumento de la relajación de la disciplina y la disminución del espíritu marcial<sup>30</sup>, fenómeno ya comentado y presente en la sociedad romana debido a su riqueza. Esta relajación y pérdida de valores provocaría, a su vez, un aumento en la proletarización del ejército, que estaría compuesto cada vez más por mercenarios y no por ciudadanos que cumplen con su

---

<sup>28</sup> Explica que las restricciones del senado no son nada en comparación con la fuerza del Ejército, que sería “a blind and irresistible instrument of oppression” (*DF III*, 100).

<sup>29</sup> Si bien el proceso de aumento del despotismo y de degradación de la virtud republicana comienza con Cómodo, sería con Septimio Severo cuando se refuerza, promulgando las máximas de obediencia plena debido a su educación militar (*DF V*, 159), considerándolo Gibbon como “the principal autor of the decline of the Roman empire” (*DF V*, 160). Resulta conveniente comentar que esta posición no sería compartida por la mayoría de los académicos hoy día, pero sí que se puede plantear un cambio en la organización militar romana durante este periodo (McKitterick y Quinault, 1997: 21).

<sup>30</sup> De nuevo, sobre todo desde Septimio Severo: “Severus possessed a considerable share of vigour and ability; but the daring soul of the first Caesar, or the deep policy of Augustus, were scarcely equal to the task of curbing the insolence of the victorious legions” (*DF V*, 156).

deber cívico. Por lo tanto, el papel del Ejército sería cada vez mayor en las acciones políticas imperiales. Gracias a su uso – y abuso – el gobierno imperial fue capaz de sobreponerse a las decisiones del senado, y eliminarlo progresivamente como intermediario en el control de las fuerzas armadas<sup>31</sup>. Este proceso fue paralelo a un exceso de cuidado y celo en el trato a los soldados, quienes relajarían en cada vez más ocasiones la disciplina, favoreciendo la corrupción y el poder político de los altos mandos militares, quienes a su vez tendrán cada vez mayor capacidad de influencia sobre el emperador, pudiendo deponerlos a voluntad. La situación de debilidad gubernamental sería tal que la compararía con una república militar como la Argelia de su tiempo<sup>32</sup>. Desde este momento, cada vez más emperadores responderían más a sus propias tropas que al contrario<sup>33</sup>, generando una situación próxima a la anarquía militar y cada vez más alejada de la virtud republicana. El poder que irían adquiriendo las legiones<sup>34</sup> sería a la vez causa y consecuencia de la pérdida de virtud en la vida política romana, y la situación de inestabilidad empeoraría cada vez más.

Otro elemento que sería determinante para el declive imperial sería el gobierno de Caracalla y su *consitutio Antoniniana*, mediante la cual el emperador universaliza la condición de ciudadano a todos los habitantes libres del Imperio. Gibbon procede a explicar cómo la proclamación de este edicto tendría dos consecuencias fundamentales: la devaluación de la ciudadanía y el debilitamiento de la estructura militar y política romana. Con la universalización de la ciudadanía, ésta comenzó a perder parte del valor que tendría anteriormente y se convertiría en un título superfluo, particularmente teniendo en cuenta que tendrían que pagar nuevos impuestos por su nueva ciudadanía, pero también los antiguos impuestos de cuando eran provinciales<sup>35</sup>. Esta pérdida de relevancia de la condición de ciudadano no sería sino un paso más hacia el cambio de ciudadano con prerrogativas y derechos a un súbdito que sólo tendría derecho a pagar y a obedecer. Por si fuera poco, la *constitutio Antoniniana*

---

<sup>31</sup> La pérdida del senado de esta autoridad intermediaria, aunque fuese imaginaria, tendría importantes consecuencias para Gibbon en el proceso de transformación en monarquía del principado (DF V, 159).

<sup>32</sup> “What in that age was called the Roman empire was only an irregular republic, not unlike the aristocracy of Algiers, where the militia possessed of the sovereignty, creates and deposes a magistrate, who is styled a Dey” (DF VIII, 245).

<sup>33</sup> “After the murder of Alexander Severus and the elevation of Maximin, no emperor could think himself safe upon the throne” (DF VII, 214).

<sup>34</sup> El incremento de poder de las legiones sería un incremento de poder que beneficiaría fundamentalmente a las altas esferas del Ejército, que dispondrían de más riqueza e influencia política, no a los legionarios. Éstos, incluso cuando se intenta sufragar a las legiones de forma generosa, tienden a estar mal pagados; ésa era la situación generalizada en Bizancio, y una de las razones de su debilidad (DF XLIII, 176).

<sup>35</sup> “The new citizens [were] charged on equal terms with the payment of new taxes which had not affected them as subjects [...]. The favour which implied a distinction was lost in the prodigality of Caracalla, and the reluctant provincials were compelled to assume the vain title and the real obligations of Roman citizens” (DF VI, 211).

tendría efectos políticos y militares: la aristocracia romana tradicional, con una educación liberal y bien instruida en asuntos civiles y militares, comenzaría a quedar relegada cada vez más a asuntos civiles, mientras que los bárbaros e indisciplinados provinciales ocuparían los puestos militares<sup>36</sup> que en el futuro les podría dar acceso a cargos políticos de importancia y ayudarían a extinguir la virtud romana. Esto ayudaría a ahondar aún más una división entre asuntos militares y civiles que ya se estaba presenciando a principios del principado, dejando al Ejército vulnerable al proceso de barbarización y liberándolo de influencias sobre la importancia de los poderes y las formas civiles para el gobierno imperial.

Todos estos procesos que narra Gibbon serían la antesala del colapso completo del principado que instaurara Augusto, pero aún quedaría por analizar cuál sería el golpe de gracia que terminaría por acabar con cualquier resquicio de espíritu republicano. Tras realizar una descripción de los bárbaros y principales enemigos de Roma, los germanos y los persas (capítulos VIII y IX), su relato se sumergiría en la llamada crisis del siglo III (capítulos X-XI), con toda su inestabilidad política y social; la situación era crítica<sup>37</sup>, llena de todo tipo de calamidades como hambrunas, inundaciones, terremotos, etc. (DF X, 57). La recuperación, sin embargo, no tardaría en presenciarse con el ascenso de los emperadores ilirios – una recuperación deficiente<sup>38</sup> – particularmente con Diocleciano, que sería el creador de un nuevo sistema que sustituiría al principado anárquico y altamente inestable al que sucedió. Diocleciano abandonaría todo propósito de fingir respeto por unas instituciones republicanas que ya hacía tiempo que habían perdido todo propósito y sentido, e instauraría un sistema centralista monárquico con poderes absolutos en todas las materias estatales, en la que el emperador sería el señor absoluto de su dominio<sup>39</sup>.

---

<sup>36</sup> The more polished citizens of the internal provinces were alone qualified to act as lawyers and magistrates. The rougher trade of arms was abandoned to the peasants and barbarians of the frontiers, who knew no country but their camp, no science but that of war, no civil laws, and scarcely those of military discipline (DF VI, 213).

<sup>37</sup> “Under the deplorable reigns of Valerian and Gallienus, the empire was oppressed and almost destroyed by the soldiers, the tyrants, and the barbarians” (DF XI, 59).

<sup>38</sup> “The succession of Illyrian princes restored the empire, without restoring the sciences” (DF XIII, 197).

<sup>39</sup> La siguiente cita, aunque un tanto larga, es absolutamente representativa del cambio que supuso la llegada de Diocleciano al poder, así como la fuerte opinión que Gibbon tenía a este respecto: “The civil offices of consul, of proconsul [...] betrayed to the people its republican extraction. Those modest titles were laid aside; and, if they still distinguished their high station by the appellation of Emperor or IMPERATOR, that word was understood in a new and more dignified sense, and no longer denoted the general of the Roman armies, but the sovereign of the Roman world. The name of Emperor, which was at first of a military nature, was associated with another of a more servile kind. The epithet of DOMINUS, or Lord, in its primitive signification, was expressive, not of the authority of a prince over his subjects, or of a commander over his soldiers, but of the despotic power of a master over his domestic slaves” (DF XIII, 183).

Asimismo, sentarían las bases de la justificación divina de la monarquía cristiana<sup>40</sup> y se alejarían del centro de los valores republicanos y virtudes romanas: la propia Roma y su senado<sup>41</sup>.

El proyecto de Diocleciano para la nueva gobernación del Imperio se basaría en la potenciación de la Corte imperial y el aumento de la burocracia (*DF XIII*, 181-186). Con el alejamiento de Roma, Diocleciano conseguiría eliminar la, por otra parte ya desgastada y limitada, influencia que el senado podría tener sobre sus decisiones: si no estaba cercano al emperador para ratificar sus mandatos, no tendría ninguna capacidad para cambiarlos. Pero no sólo sería el senado la institución perjudicada por este nuevo régimen, sino todo el sistema de magistraturas. Esta política antirrepublicana tendría como objetivo eliminar la competencia política, que estaría representada por la autoridad de las instituciones republicanas: el senado, por supuesto, pero también los magistrados, a los que se les iría eliminando prerrogativas y puestos del *cursus honorum* de forma progresiva<sup>42</sup>. Además del aumento de la tiranía que esto supondría, esta remodelación de la organización política elevaría el peso burocrático del aparato estatal, con la multiplicación de títulos<sup>43</sup> e instituciones, y la complicación excesiva del aparato administrativo<sup>44</sup> en comparación con el modelo augusteo y su sencillez, incrementando a su vez de forma exponencial el coste del sistema administrativo y derivando en una mayor presión fiscal sobre el pueblo romano. El entramado administrativo también habría sentado las bases de la futura división del Imperio, a la que no habría contribuido tanto la construcción de Constantinopla<sup>45</sup> como esta estructura. De esta forma, la hipocresía augustea se

---

<sup>40</sup> No deja de ser paradójico que, pese a ser pagano, Diocleciano asociara símbolos sacros con el trono que ayudarían a sus sucesores cristianos: "Even the attributes, or at least the titles, of the DIVINITY were usurped by Diocletian and Maximian, who transmitted them to a succession of Christian emperors" (*DF XIII*, 184).

<sup>41</sup> "But the most fatal though secret wound, which the senate received from the hands of Diocletian and Maximian, was inflicted by the inevitable operation of their absence" (*DF XIII*, 182).

<sup>42</sup> "The dislike expressed by Diocletian towards Rome and Roman freedom was not the effect of momentary caprice, but the result of the most artful policy [...]. As the image of the old constitution was preserved in the senate, he resolved to deprive that order of its small remains of power and consideration" (*DF XIII*, 181).

<sup>43</sup> El aumento en el número de títulos aristocráticos tendría un efecto perjudicial para la sociedad; cuanto más títulos, más complejas serían las interacciones sociales, que estarían dominadas por un protocolo en exceso enmarañado, y menos libertad de acción tendría la población (*DF LIII*, 341).

<sup>44</sup> "Ostentation was the first principle of the new system instituted by Diocletian. The second was division. He divided the empire, the provinces and every branch of the civil as well as military administration. He multiplied the wheels of the machine of government" (*DF XIII*, 186).

<sup>45</sup> "The foundation of Constantinople was more essentially contributed to the preservation of the East than to the ruin of the West" (*DF XXXVIII*, 290).

sustituiría por el despotismo y la superstición<sup>46</sup>; el principado y sus remanentes valores republicanos, habrían desaparecido.

Si Gibbon responsabiliza a Diocleciano de sentar los precedentes y las bases políticas del declive del imperio, habría otra figura a la que Gibbon apunta para explicar su declive militar: el emperador Constantino<sup>47</sup> y su reforma, con el consiguiente resultado de división<sup>48</sup> entre *palatini* y *limitanei*; la guardia cortesana y la guardia fronteriza. Con esta división, plantea el historiador, no sólo habría una división de funciones, sino también una división de privilegios y de disciplina. La guardia cortesana se convertiría en una carga para las ciudades al olvidar las virtudes de su profesión y contraer únicamente los vicios de la vida civil (DF XVII, 136-7), relajando y descuidando tanto su disciplina militar como su habilidad real en la lucha; sólo serían capaces de oprimir a los propios romanos para favorecer sus intereses, pero no serían capaces de defender las ciudades de los bárbaros. Por otra parte, la guardia fronteriza sería la única que estaría afrontando los peligros y disciplina propios de su posición, pero pese a los peligros que afrontan son recompensados con menos salario y menos prestigio que la guardia cortesana, favoreciendo una moral baja y unas deserciones constantes<sup>49</sup>. Además, el empeño que Diocleciano tendría en dividir todo lo que estaba unido contagiaría a sus sucesores, particularmente a Constantino (DF XVII, 138), perjudicando de manera aún más profunda la efectividad de las legiones cuyos efectivos se irían reduciendo. Las condiciones del soldado empeorarían, la paga recibida se iría reduciendo progresivamente y la escasez de reclutas voluntarios se dejaba notar cada vez más (DF XVII, 140). La pérdida de efectividad de las legiones sería otra herida en el corazón de un Imperio ya languideciente, y nunca podría recuperarse de ello; la única forma que Roma tendría de enfrentarse a sus enemigos sería mediante el pago a mercenarios bárbaros para que lucharan por el Imperio, incluso como legionarios. La introducción de los bárbaros en todas las posiciones

---

<sup>46</sup> Derivado del miedo resultante de la situación peligro y vulnerabilidad del pueblo romano a lo largo del siglo III, el aumento de la superstición a nivel institucional se presencia desde el reinado de Aureliano (DF XI, 78). Diocleciano aprovecharía esta situación para instaurar su propio ceremonial de origen persa, con el objetivo de fortalecer su propia posición como gobernante absolutista (DF XIII, 184).

<sup>47</sup> "The memory of Constantine has been deservedly censured for another innovation, which corrupted military discipline and prepared the ruin of the empire" (DF XVII, 136).

<sup>48</sup> Tal y como apunta Bury en una de sus notas a pie de página, esta división plantea una serie de problemas en el razonamiento gibboniano, puesto que confunde a los *palatini* con los *comitatenses*, incluyendo ambas divisiones bajo la primera designación (DF XVII, 136), lo que podría comprometer su planteamiento. Las críticas que le han llovido han sido sustanciales (Pocock, 2015: 35), pero no es el objetivo de este trabajo hacerse eco de ellas, sino simplemente de explicar el razonamiento de Gibbon y el peso que tuvo esta división en su narrativa.

<sup>49</sup> "It was vain that Constantine repeated the most dreadful menaces of fire and sword against the Borderers who should dare to desert their colours" (DF XVII, 137).

militares, incluidas las de poder, comenzaba a ser completa; la lealtad a Roma y el patriotismo del Ejército y la aristocracia militar se verían cada vez más comprometidos.

Las consecuencias de este sistema no tardarían en dejarse notar, y empeorarían a medida que se suceden los diferentes emperadores. El principal problema sería el aumento de la presión fiscal derivado del coste burocrático que suponía la administración, ya señalado durante Diocleciano. Gibbon expone dos casos concretos, la Galia y Campania, como ejemplos del daño que el oneroso sistema estaba suponiendo para la economía imperial. Campania, una de las mejores zonas agrícolas en la Península Itálica, quedó totalmente deshabitada debido al aumento del despotismo y a la imposibilidad de muchos habitantes de pagar las elevadísimas tasas impositivas exigidas por el Estado, provocando una amplísima desolación en un lugar donde por entonces aún no habían entrado los bárbaros (*DF XVII*, 158). En el territorio galo además, la enorme cantidad de trabajadores dependientes – siervos o esclavos – haría que los individuos que aún eran libres quedasen sobrecargados con la pesadísima losa impositiva, particularmente aquellos que no tenían opción a disfrutar de exenciones fiscales por parte del emperador (*DF XVII*, 161-163).

En toda esta narrativa de declive, destacaría un personaje que, aunque no tendría un papel directo en la narrativa de la decadencia, sí que sería igualmente destacado: el emperador Juliano. La historia de Juliano se puede presentar como lo que pudo haber pasado, pero nunca ocurrió<sup>50</sup>, sirviendo su reinado casi como una alegoría de hasta qué punto se estaba solidificando el cambio en la sociedad romana: al no ser capaz de implementar cambios estructurales claros y duraderos que deshicieran las políticas de sus predecesores, la vuelta que hubo a la tradición del principado durante su reinado se desharía con facilidad. Los intentos de Juliano por restaurar las prerrogativas de las instituciones fueron más que evidentes<sup>51</sup>, pero sus intentos, irónicamente, serían incluso aprovechados por sus sucesores para reforzar aún más su propia posición como emperadores<sup>52</sup> y para profundizar aún más la división entre Oriente y Occidente<sup>53</sup>. Una de estas reformas, sin embargo, llama bastante la atención, pudiendo intuirse en ella la explicación más profunda del declive y caída que

---

<sup>50</sup> “Julian might have transformed the structure of imperial rule; he might have disestablished Christianity and based the empire on a religion of philosophic paganism; he might have destroyed the Persian empire in the Euphrates and Tigris basins. None of these things happened” (Pocock, 2015: 147).

<sup>51</sup> Juliano intentaría que el emperador no estuviese por encima de las leyes y respetar las jurisdicciones de los magistrados republicanos (*DF XXII*, 40).

<sup>52</sup> “The despotic successors of Julian, accepting the title of Senators, acknowledged themselves the members of a respectable body, which was permitted to represent the majesty of the Roman name” (*DF XXII*, 41).

<sup>53</sup> En su empeño por reforzar las instituciones republicanas, otorgaría al senado de Constantinopla unos poderes, autoridades y honores iguales a los del senado de Roma (*DF XXII*, 41), contribuyendo indudablemente a la independencia de la zona oriental con respecto a la occidental.

Gibbon propondría (Pocock, 2015: 158): devolver la recolección de impuestos a las ciudades como paso previo a una posible *politización* – es decir, vuelta al sistema de *poleis* – de las ciudades y la eliminación de los privilegios locales<sup>54</sup>, impulsando la equidad entre ellas. La importancia de la *polis* como núcleo fundamental estaría en su capacidad de inspirar la virtud republicana gracias a la participación ciudadana, cosa que era común hasta el final de los Antoninos. Las funciones políticas locales, reforzadas por su capacidad de recoger impuestos, beneficiarían no sólo a la élite de la *polis*, sino también a sus ciudadanos gracias a la capacidad que tendrían de donar a la ciudad para mostrar su virtud; si el poder político se quedaba en la *polis*, éstas se revigorizarían gracias a la inversión de la aristocracia local. Pero, en cuanto el poder se marchó de las *poleis* y se traspasa al Ejército y al emperador, las élites no tendrían ningún aliciente para invertir en la ciudad, sino que tratarían de conseguir poder político en las instituciones que lo tenían, lo que favorecería el centralismo y la monarquía orientalizable fundada por Diocleciano. Esta explicación sería un testimonio de la enorme capacidad que Gibbon tendría para detectar una característica que sería utilizada en tiempos más recientes<sup>55</sup> y que ayudaría a explicar de forma más satisfactoria los fundamentos del cambio político que se estaba dando. En cualquier caso, todas estas reformas no servirían de nada al carecer de continuidad; Gibbon consideraría a Juliano responsable, hasta cierto punto, de las calamidades del Imperio por no haber pensado en la continuidad de sus reformas, al no asociar a nadie al trono que pudiera servirle como sucesor (DF XXIV, 155).

A medida que la debilidad económica y militar del Imperio impedían a éste defenderse de las amenazas externas de forma apropiada<sup>56</sup>, la penetración de los pueblos bárbaros hacia el interior del *limes* sería más y más notoria, lo que a la larga

---

<sup>54</sup> “He abolished [...] the unjust and pernicious exemptions which had withdrawn so many idle citizens from the service of their country; and by imposing an equal distribution of public duties he restored the strength, the splendour, or, [...] the soul of the expiring cities of his empire” (DF XXII, 41).

<sup>55</sup> Peter Brown reconocería este fenómeno y lo utilizaría para describir el cambio político y social que se daría desde el siglo III – aunque este autor le daría un sentido y origen completamente distinto – (Brown, Peter (1971). *The world of Late Antiquity: from Marcus Aurelius to Muhammad* [versión electrónica]. London: Thames and Hudson).

<sup>56</sup> El punto de inflexión que Gibbon utilizaría para explicar la debilidad del Ejército imperial sería la batalla de Adrianópolis, donde las legiones romanas y sus aliados fueron derrotadas por las fuerzas góticas, falleciendo además el emperador Valente, y las acciones de Teodosio para defender el Imperio de los bárbaros tras la misma (DF XXVI, 326-329). Lo destacable no sería la batalla en sí, sino la capacidad de recuperación de las fuerzas romanas. Gibbon realiza un ejercicio comparativo entre Adrianópolis y la muy famosa batalla de Cannas, donde los romanos saldrían también gravemente derrotados; la diferencia radicaría en que, mientras que tras Cannas se pudo reclutar un ejército igualmente poderoso en poco tiempo, tras Adrianópolis esto no sería posible. No estaría la razón de esta incapacidad en la ausencia de armamento o en la pobreza del Estado durante el reinado de Teodosio: Gibbon describe la enorme capacidad que el Imperio tenía para sustituir los hombres, armamento y caballos perdidos con creces (DF XXVI, 327). La razón estaría en la pérdida del espíritu y virtud bélica romana; las consecuencias de la decadencia moral estarían, de esta forma, mucho más claras.

provocaría la pérdida de la autoridad imperial en los territorios en los que se asientan. El acontecimiento más impactante relacionado con esto sería el saqueo de Roma por parte de Alarico, pero más importante serían los resultados de este ataque más que el suceso en sí: la entrada y asentamiento de varios pueblos bárbaros en territorio romano. A los godos se les otorgó Aquitania y algunas diócesis adyacentes, asentándose su Corte en Toulouse (*DF XXXI, 278*); pero también se asentarían de forma permanente en territorio galo otros pueblos germánicos como los francos o los burgundios (*DF XXXI, 278*). En esta situación de colapso del poder imperial, la sucesión de emperadores débiles, manipulables y corruptos que siguió a Teodosio pondría el último clavo en el ataúd del Imperio romano, siendo la única excepción el emperador Mayoriano<sup>57</sup>: un nuevo mundo, cristiano, ortodoxo, de servidumbre ceremonial, de opresión y barbarizante había nacido (*DF XXXIII, 358*). El Imperio romano estaría ya prácticamente hundido del todo<sup>58</sup>.

Las explicaciones que daría Gibbon para la desaparición del Imperio romano serían, por tanto, fundamentalmente internas; el historiador británico nunca culpa directamente a los elementos externos del fin de la civilización romana. En todo caso, la adopción de unos valores exógenos y corruptos sería un indicador de una debilidad interna, unos síntomas de que algo estaría cambiando en el seno del Imperio; y es que en su interior es donde estaría la mayor parte de los enemigos que lo debilitarían<sup>59</sup>. Los actores externos jugarían, esencialmente, un papel más secundario y únicamente se aprovecharían de un imperio debilitado para hacer sus ganancias. En el siguiente apartado, se verá el papel que los dos actores externos principales tuvieron en el declive del Imperio: los bárbaros y el cristianismo.

## **2.2 El papel del cristianismo y los bárbaros en las hipótesis gibbonianas**

Se ha escrito y considerado mucho sobre la opinión que tuvo Gibbon sobre el cristianismo y su efecto – pernicioso – sobre la estabilidad del Imperio. En primer lugar, habría que preguntarse si, realmente, Gibbon culpó al cristianismo en sí sobre su caída, cosa que muchos autores más piadosos le recriminarían<sup>60</sup>. Hay, sin embargo, motivos suficientes como para pensar que todas las simpatías y antipatías que se levantaron en torno a este tema están menos fundadas de lo que a los autores

---

<sup>57</sup> “The successor of Avitus presents the welcome discovery of a great and heroic character, such as sometimes arise in a degenerate age, to vindicate the honour of the human species” (*DF XXXVI, 102*).

<sup>58</sup> “The union of the Roman empire was dissolved; its genius was humbled in the dust; and armies of unknown Barbarians, issuing the frozen regions of the North, had established their victorious reign over the fairest provinces of Europe and Africa” (*DF XXXIII, 358*).

<sup>59</sup> “The enemies of Rome were in her bosom – the tyrants, and the soldiers; and her prosperity” (*DF VIII, 250*).

<sup>60</sup> Incluso uno de los editores de su obra (Delgado, 2012: 475).

que tienen esas opiniones les gustaría pensar. Para elaborar un poco más esto, y a forma de introducción, se puede plantear el siguiente ejercicio de historia contrafactual: ¿qué hubiera pasado si Gibbon hubiese publicado su obra de forma un poco más tardía? Lo más probable, sostiene Momigliano (1978: 436), es que los capítulos referentes a la expansión del cristianismo no hubieran generado el enorme interés que generaron. Cuando se leyeron en 1776, pareció que estos capítulos simbolizaban lo que Gibbon tenía que decir en lo referente al cristianismo, con unas tesis que ya habría adelantado Voltaire cuando anuncia que esta religión habría destruido el sistema político más civilizado que jamás había existido; además, la forma en la que los dos capítulos más problemáticos (XV y XVI) están incluidos en la estructura general de la obra, casi en forma de apéndices explicativos en lugar de estar en armonía con el resto de la narrativa, seguramente se habrían prestado más a ser sacados fuera de contexto; hay que tener en cuenta además que para Gibbon, la cristianización de los bárbaros germanos habría reducido la fiereza y el expolio de éstos durante su penetración y asentamiento en territorio romano<sup>61</sup>. Igualmente expresaría el papel beneficioso que tuvo el cristianismo para la integración de los bárbaros en la sociedad romana existente, concretamente para el caso de los francos y Clodoveo (capítulo XXXVIII), aunque también teniendo en cuenta los problemas que se toparon los pueblos bárbaros que profesaban el arrianismo – por ejemplo, las persecuciones que harían los vándalos de los “católicos” nicenos tras Genserico (DF XXXVII, 188-196). Por lo tanto, considerando el trabajo al completo, no se puede razonar que la cristianización del Imperio y sus consecuencias negativas fuera la única temática del *Decline and Fall*.

Si bien es verdad que Gibbon sostiene que la adopción del cristianismo tuvo, al menos en parte, influencia en el declive del Imperio romano<sup>62</sup>, hay que analizar exactamente el sentido que el autor quiere darle a esto. En primer lugar, el autor en ningún momento quiere meterse en cuestiones metafísicas sobre la naturaleza del cristianismo como religión<sup>63</sup>, sino analizar el contexto en el que se adoptó y las consecuencias que tuvo en el declive y caída del Imperio romano. Este análisis sería pura y estrictamente en el terreno físico, dejando las cuestiones espirituales de lado, y precisamente en esta esencia está la razón por la que no parece correcto sostener que Gibbon culpa directamente a la adopción de la religión cristiana como parte del

---

<sup>61</sup> (DF XXXIX, 292). Citaría además, con mayor concreción, la moderación relativa durante el saqueo de Roma por Alarico (DF XXX, 242).

<sup>62</sup> “We may hear, without surprise, that the introduction, or at least the abuse, of Christianity had some influence on the decline and fall of the Roman empire.” (DF XXXVIII, 291).

<sup>63</sup> “The theologian may indulge the pleasing task of describing Religion as she descended from Heaven, arrayed in her native purity. A more melancholy duty is imposed on the historian” (DF XV, 262).

desmantelamiento del Imperio. En este sentido, su mayor enemigo no será tanto la religión en sí misma, como el abuso que se hace de ella y sus consecuencias; unas consecuencias que estarían íntimamente relacionadas con el aumento del interés social en cuestiones metafísicas frente a las cuestiones físicas y el aumento de la tiranía como consecuencia de la superstición que pasó a ser parte fundamental del cristianismo primitivo.

La forma en la que la religión cristiana se propagó y adoptó en el Imperio tuvo diversos efectos. El primero de ellos que se procederá a explicar será el de la influencia que tuvo el cristianismo en el mayor desmejoramiento del Ejército como institución ciudadana. Gibbon apunta que los creyentes cristianos se consideraban pacíficos, por lo que muchos de ellos se negaban a participar en cualquier tipo de servicio militar, causando aún más problemas para el mantenimiento del Ejército. La expansión del cristianismo además coincidiría con un momento en el que los enemigos de Roma amenazaban la estabilidad de sus fronteras, por lo que esta irregularidad a la hora de reclutar nuevos hombres haría que se recurriera cada vez más a auxiliares bárbaros mercenarios, contribuyendo a la barbarización del Ejército romano. Además de esta barbarización, también se generarían tensiones e indignaciones entre los ciudadanos paganos, que temerían que su mundo se desmoronase ante la desconsideración y oposición de los cristianos hacia los asuntos militares (*DF XVI, 307-308*), y los cristianos. Unos sentimientos igualmente negativos tendrían estos cristianos frente a los asuntos de gobierno y a la vida pública (*DF XVI, 307-308*), lo que también contribuiría a las tiranteces entre ambos grupos. Las corrientes más ascéticas promovían un desinterés por el mundo físico y una mayor atención a lo que sería la Vida Eterna junto a Dios. La influencia del neoplatonismo<sup>64</sup> metafísico se dejaba notar, junto con todas sus consecuencias negativas.

Gibbon declara que el auge del neoplatonismo sería uno de los indicadores de la corrupción en la sociedad romana; otro síntoma más del declive del *genius* romano anterior y la tosca imitación del pasado en que se había convertido su pensamiento intelectual. Gibbon declara que “the declining age of learning and of mankind is marked [...] by the rise and rapid progress of the new Platonists” (*DF XIII, 198*); y con esta grave acusación, comienza su valoración sobre el neoplatonismo. El neoplatonismo fue una corriente filosófica, nacida en Alejandría, que atraería la atención y esfuerzo intelectual de una cantidad importante de filósofos de penetrante pensamiento (*DF*

---

<sup>64</sup> Una reflexión interesante a este respecto sería considerar que Gibbon responsabiliza más a la propia filosofía antigua, que con la creación y sustentación de estas ideas, habría traicionado el pensamiento filosófico tradicional que defendía el escepticismo y la realidad material, pasando a favorecer la superstición y la Iluminación divina (Pocock, 1977: 300).

XIII, 198). El origen del pensamiento metafísico profundo, y por tanto de la indiferencia por el mundo físico, tendría su origen en esta escuela de pensamiento; una escuela que el propio Gibbon declara tener una popularidad importante de la mano de Porfirio y Plotinio. Cuando sus descendientes ideológicos se encuentran con los cristianos, dice, es cuando los primeros confieren el armazón ideológico que necesitan los segundos, mezclándose ambas ideas con un resultado positivo para la expansión cristiana, pero negativo para la estabilidad imperial<sup>65</sup>. Las tensiones entre el paganismo y el cristianismo aumentaron a medida que éste se extiende a lo largo de todo el Imperio. Pero no sólo habría tirantezas entre cristianos y paganos, sino que empezaría a presenciarse las primeras disensiones entre cristianos en esta época<sup>66</sup>, contribuyendo negativamente a la estabilidad y favoreciendo la intolerancia.

Esta expansión del cristianismo, a su vez, extendió estos valores basados en la superstición y la obediencia ciega, en lugar del racionalismo y el republicanismo; El cristianismo pregonaba precisamente el tipo de valores que los monarcas absolutos romanos querían promover, favoreciendo la transformación del ciudadano a súbdito. Esta ideología de obediencia pasiva a las estructuras jerárquicas sería el complemento perfecto para la monarquía absolutista en la que ya se había convertido el Imperio. Constantino se daría cuenta de las ventajas que esto supondría y reconocería el valor que habría en la alianza con la Iglesia, un grupo poderoso, independiente<sup>67</sup> y de rápido crecimiento que además le daría las herramientas necesarias para reforzar ideológicamente el poder del emperador. Implantaría, con esto, el derecho divino a gobernar de los reyes y la innegable fuerza de su justificación extraterrenal (*DF XX*, 287), debilitando aún más la posición de los remanentes republicanos.

Otro aspecto que Gibbon critica sin matices, derivado también de la expansión cristiana, sería la extensión de la vida monacal<sup>68</sup>. Gibbon sería claro al exponer la

---

<sup>65</sup> "As they [the neoplatonists] agreed with the Christians in a few mysterious points of faith, they attacked the remainder of their theological system with all the fury of civil war" (*DF*, XIII 199).

<sup>66</sup> "It has been remarked, with more ingenuity than truth that the virgin purity of the church was never violated by schism or heresy before the reign of Trajan or Hadrian [...]. We may observe [...] that, during that period, the disciples of the Messiah were indulged in a freer latitude both of faith and practice than has ever been allowed in succeeding ages" (*DF XV*, 276).

<sup>67</sup> "When Constantine embraced the faith of the Christians, he seemed to contract a perpetual alliance with a distinct and independent society; and the privileges granted or confirmed by that emperor, or by his successors, were accepted, not as the precarious favour of the court, but as the just and unalienable rights of the ecclesiastical order" (*DF XX*, 314). Con esta afirmación, Gibbon explica el origen de los privilegios eclesiásticos.

<sup>68</sup> Se puede plantear, sin lugar a dudas, la influencia de su entorno protestante e ilustrado en estas consideraciones, dada la fuerza con la que ambas ideas arremetieron contra los monasterios y conventos.

importancia de explicar la vida eclesiástica para entender mejor la vida civil<sup>69</sup>, y uno de los componentes fundamentales para entender la vida eclesiástica sería precisamente el establecimiento del monacato. De forma similar a la extensión del cristianismo, Gibbon lo que plantea es que el monacato se adapta a una situación ya existente, a la que a su vez también contribuiría a empeorar (DF XXXVII, 163-166): la situación de pobreza generalizada existente en el Imperio debido a la enorme presión fiscal y a la guerra continuada tendrían efectos muy negativos en la población, que intentaría esquivar el pago de impuestos abusivos y el reclutamiento forzoso a las legiones. Esta población pobre sería, además, altamente susceptible a la superstición que promulgan los monjes y verían en la vida monacal un refugio, tanto espiritual en unos tiempos inciertos, como natural al asegurarse su sustento<sup>70</sup> – la jerarquía e instituciones eclesiásticas estaban al margen de las demandas imperiales laicas. Asimismo, las propias autoridades cristianas procederían en muchos casos de estos monasterios, y contribuirían también a la extensión de esta institución por todo el Imperio. Las consecuencias serían claras: la desertión de una significativa cantidad de población productiva que encontraría respeto y cierta tranquilidad en ella pese al ascetismo monacal<sup>71</sup>, prefiriendo esta vida “improductiva”; una cantidad de población que era necesaria para mantener la economía y la maquinaria militar imperial.

Gibbon también atiende a la propia estructura del cristianismo, dejando entrever las razones de su supervivencia tras la caída del entramado imperial. A lo largo de esta explicación (capítulo XV), las instituciones cristianas adquieren un carácter romano, evolucionando y cambiando para pasar de unos inicios democráticos y asamblearios<sup>72</sup> a los inicios de la autoridad eclesiástica. La formación de esta autoridad sería de una gran importancia porque, tal y como plantea Momigliano, formarían un Estado dentro del Estado, de forma similar a la explicación que da Mommsen sobre la plebe republicana<sup>73</sup>. Este “Estado” se diferenciaría del resto – clero

---

<sup>69</sup> “The indissoluble connection of civil and ecclesiastical affairs has encouraged me to relate the progress, the persecutions, the establishment, the divisions, the final triumph, and the gradual corruption of Christianity” (DF XXXVII, 156).

<sup>70</sup> “The subjects of Rome, whose persons and fortunes were made responsible for unequal and exorbitant tributes, retired from the oppression of the Imperial government; and the pusillanimous youth preferred the penance of a monastic, to the dangers of a military life” (DF XXXVII, 166).

<sup>71</sup> “Peasants, slaves, and mechanics might escape from poverty and contempt to a safe and honourable profession, whose apparent hardships are mitigated by custom, by popular applause, and the secret relaxation of discipline” (DF XXXVII, 166).

<sup>72</sup> “The primitive bishops were considered only as first of their equals, and the honourable servants of a free people” (DF XV, 313).

<sup>73</sup> No sólo en esta estructura estatal interna se acabarían las similitudes, sino que también la plebe republicana se comportaría de forma similar a la plebe cristiana imperial: proximidad a sus líderes, elección de personajes locales como líderes, etc. Además, y de forma similar a la plebe urbana antigua,

frente a laicos, algo completamente novedoso hasta el momento (*DF XV*, 318) – con un fervor animado por el amor al poder que profesaban las jerarquías cristianas que trabajaban para ampliar “los límites del Imperio cristiano” (*DF XV*, 318). Precisamente la creación de esta estructura, una estructura con sus propias lealtades y jerarquías, basada en la estructuración imperial pero aparte de la misma, sería una de las razones tanto de su supervivencia como de su éxito, pero también de su corrupción: el cristianismo procedería a adaptarse a la realidad romana para poder adherirse más a las condiciones concretas en las que estaba sumergido el Imperio, pero no tanto como para estar ligado a él directamente y sufrir su mismo destino tras su desaparición. Por el contrario, la adopción de las estructuras imperiales favorecería la perpetuación del cristianismo y sus instituciones, pero también le harían abandonar sus inicios más virtuosos en pos de una estructura más compleja, corrupta y despótica<sup>74</sup>.

Pero muchos de estos problemas ya tenían presencia en territorio romano, bastante antes de la aparición y extensión del cristianismo. El aumento de la tiranía y sus efectos es un fenómeno que ya se ha explicado, con unas raíces profundas y ajenas a la religión. Pero también tendría un origen externo al cristianismo la preocupación por lo metafísico frente a lo terrenal, y el consecuente aumento de la superstición; un origen que estaría en la propia filosofía clásica en proceso de corrupción. Sí que estarían más relacionados con el cristianismo otros aspectos que Gibbon encuentra igualmente perjudiciales como el pacifismo de los cristianos<sup>75</sup> o la vida monacal, pero los problemas principales que plantea el historiador británico que irían de la mano del cristianismo ya existían previamente. Por tanto, el cristianismo no es una causa del declive y caída del Imperio, es meramente un síntoma; un síntoma que agrava la realidad, pero un síntoma al fin y al cabo. Aunque Gibbon no lo plantea directamente de esta forma, sí que deja caer que el cristianismo es una religión que se adapta a la nueva realidad. Esta nueva realidad – que sería de declive en opinión del autor – quedaría agravada por la forma en la que el cristianismo se adoptó y entendió por la población. Sería exactamente la ortodoxia, corrupta y problemática, que se

---

la nueva plebe cristiana estaría dispuesta a dar una oportunidad a los aristócratas e incluirlos en sus instituciones (Momigliano, 1978: 453).

<sup>74</sup> “The ecclesiastical governors of the Christians were taught to unite the wisdom of the serpent with the innocence of the dove; but, as the former was refined, so the latter was insensibly corrupted, by the habits of government” (*DF XV*, 309).

<sup>75</sup> Pocock reflexiona sobre hasta qué punto considera Gibbon que el pacifismo cristiano contribuye al declive del Imperio, ya que especifica que éstos proclaman obediencia a las leyes y maneras de la sociedad civil, apoyando así los valores dorados de la dinastía Antonina (Pocock, 2010: 289-90). Habría que tener en cuenta, sin embargo, que Gibbon no denuncia la elusión o resistencia al servicio militar durante dicha dinastía, sino que por el contrario considera como parte de la virtud republicana antonina el servicio militar activo, tal y como ya se ha discutido anteriormente.

impuso y promovió una fuerte intolerancia<sup>76</sup> y la obediencia pasiva, la razón por la que el cristianismo tendría este efecto negativo sobre la caída del Imperio, y no la religión por sí misma. Intolerancia que sería más fruto de la filosofía que lo sustentó que defiende que sus postulados son ciertos, mientras que los demás son falsos y peligrosos (Pocock, 2010: 380).

En conclusión, si bien Gibbon no culpa directamente al cristianismo de la disolución del Imperio, sí que ha quedado profundamente influido por las tesis volterianas. El pesimismo con respecto al papel del cristianismo en los planteamientos ilustrados podría ser incluso decepcionante, pero el propio ambiente de los círculos ilustrados propiciaba esa lectura negativa en la que el cristianismo no introduciría ningún elemento o ventaja nueva y únicamente reforzaría la ignorancia y la superstición de la población<sup>77</sup>.

En cuanto a los bárbaros, Gibbon también hará un análisis no totalmente condenatorio sobre su papel en la caída del Imperio. No sólo eso, sino que en cierta forma serían los renovadores de la virtud que los propios romanos habían perdido; el reinado de Teodorico sería un ejemplo de hasta qué punto un rey bárbaro podía renovar la virtud romana<sup>78</sup>. Los bárbaros eran pobres, iletrados y estaban acostumbrados a vivir en unas condiciones mucho más duras que los romanos. Pero precisamente por esto eran virtuosos y libres; no serían libres como un hombre refinado lo sería en un Estado libre, pero no tendrían que lidiar con lacras como la propiedad o la sofisticación intelectual. Éstas, aunque componentes fundamentales de una sociedad civil, también podrían funcionar como herramientas de opresión<sup>79</sup>. Los romanos serían, en esta comparación, susceptibles de ser manipulados para aceptar el despotismo sin mayor discusión debido al peligro que supone perder las

---

<sup>76</sup> En contraste con la tolerancia que se encuentra con el culto imperial, que “protegen una superstición que desprecian” (*DF XV*, 263-264), la intolerancia y el fanatismo se instaurarían en la Corte imperial cristiana; el precio que tendrían que pagar por su celo al mantener la ortodoxia sería la exclusión y la desestimación de funcionarios muy capaces simplemente por ser paganos o arrianos (*DF XXXI*, 195-196).

<sup>77</sup> “The very attitude of the free-thinkers of the 18<sup>th</sup> century made it difficult for them to see how Christianity had worked on the world. They did not dislike Christianity because they liked Paganism [...]. They saw in history the struggle between a few wise men, the predecessors of themselves, against the violence, the superstition and the stupidity of the majority” (Momigliano, 1954: 461).

<sup>78</sup> Habría ciertos matices que serían necesarios tratar en este respecto. Es cierto que para Gibbon, el reinado de Teodorico sería un tanto excepcional – no menciona ningún caso totalmente similar a éste – pero relata cómo la ocupación bárbara era en ocasiones preferible a la presión imperial para la población (*DF XXXV*, 82), influyendo en la formación de los reinos sucesores. El caso de Teodorico sería, sin embargo, el único que Gibbon recoge en el que la virtud bárbara encuentra la infraestructura estatal romana y, gracias a ella, consigue renovar la situación en el territorio (*DF XXXIX*, 321-329). Si bien Gibbon no parece reconocer que esta situación se diese en otros lugares de Europa exactamente, sí que explica y ejemplifica con Teodorico hasta qué punto los bárbaros tenían el potencial de ser renovadores de la virtud perdida.

<sup>79</sup> “[German] poverty secured their freedom, since our desires and our possessions are the strongest fetters of despotism” (*DF IX*, 286).

comodidades a las que estaban acostumbrados, frutos del éxito de su civilización. Los germanos, por el contrario, debido a su propia pobreza y precariedad, tenían todas las capacidades intactas para defender la ruda y tosca libertad que caracteriza su sociedad. Añadiendo a la situación que los germanos son un pueblo guerrero, compuesto de ciudadanos libres y armados, generarían sistemas de gobierno liberales<sup>80</sup>, aunque precarios e inestables. Precisamente esta característica, la de ser un pueblo compuesto de hombres libres y guerreros, es la fundamental que gran parte de los humanistas contemporáneos a Gibbon – por supuesto, él también – consideraban como germen de la república de ciudadanos libres, activos en política, e independientes (Woudhuysen, 2018: 98); la virtud caracterizaría no sólo su comportamiento, sino también el de todo el Estado que compondrían. Este germen no es suficiente para Gibbon, quien declara que los germanos estaban en un estadio primitivo de simplicidad e independencia (*DF IX, 273*) y no contaban con las capacidades de crear civilización – al fin y al cabo, los germanos aún dependían de los bosques en su narrativa. Pero sí que insinuaría que tenían el potencial para avanzar a un estadio civilizado<sup>81</sup>, puede que incluso más aún que el que habían alcanzado los romanos: la propia civilización ilustrada.

También llama la atención la valoración que hace Gibbon de la penetración y asentamiento de los pueblos bárbaros en provincias romanas. Por un lado, concede que la ruina de las provincias más opulentas de la Galia podía datarse en el establecimiento de los bárbaros, peligrosos y opresores, en la que gran parte de los terrenos más productivos fueron cedidos a éstos. Sin embargo, también declara que este trato a la población no ha sido peor que el infligido por las propias autoridades romanas durante las guerras civiles, que en más de una ocasión confiscarían tierras para repartirlas entre los legionarios como compensación tras la victoria (*DF XXXI, 279*); mientras que los legionarios de Augusto se sobrepasaron en violencia e injusticia, al menos los bárbaros ofrecían alguna clase de compensación económica a los antiguos propietarios por su pérdida, ayudando a la integración de los invasores que pasarían a incorporarse a la sociedad romana mediante los lazos de hospitalidad y el menos ofensivo apelativo de “invitados” (*DF XXXI, 279-280*). Con estas palabras, Gibbon explica con claridad que los bárbaros intentaron romanizarse en la medida en que su naturaleza indisciplinada les permitía, pudiéndose entender el proceso que se

---

<sup>80</sup> “The German tribes were contented with this rude but liberal outline of political society” (*DF IX, 287*).

<sup>81</sup> “The most civilised nations of modern Europe issued from the Woods of Germany, and in the rude institutions of those barbarians we may still distinguish the original principles of our present laws and manners” (*DF IX, 273*).

estaba llevando a cabo no sólo como de conquista y declive, sino también de transformación de una nueva realidad social a otra (Pocock, 2015: 367).

El trabajo sobre los bárbaros que realizaría Gibbon tendría carencias, algunas debido a que era difícil encontrar documentación no literaria en su época, y otras porque Gibbon era esencialmente un autor clasicista<sup>82</sup>; Gibbon no consideró que los germanos podrían haber evolucionado con respecto a etapas anteriores, sino que estaban en una especie de estadio perpetuo de barbarie. Sólo la percepción de estos bárbaros de la debilidad romana con la desatención de éstos a los *limites*, les haría aprovecharse de ella y entrar en territorio imperial<sup>83</sup>. Independientemente de estas carencias, el trabajo que hace Gibbon narrando la situación de los pueblos bárbaros – particularmente los más significativos como godos y francos – una vez que están en el interior del imperio es tremendamente interesante; estos pueblos, que comenzarían a asentarse con el beneplácito de los propios romanos, se comportarían primero como *foederati* asentados en territorio imperial, pero respetarían la autoridad imperial siempre que les beneficiase; serían, de forma similar a la Iglesia, un Estado dentro de un Estado, y cuando el Imperio se deshace, estos Estados serían los que tomarían el relevo. Los bárbaros serían, de esta forma, otro de los grupos que más se beneficiaría de la decadencia y declive del Imperio romano, pero no serían autores directos de su causalidad.

### **3. Influencias de Edward Gibbon en la tradición y el pensamiento académicos de la “decadencia” imperial**

Realizar un análisis exhaustivo sobre la forma en la que Gibbon ha influido exactamente el discurso del declive imperial sería tremendamente interesante, pero fuera de las capacidades de este trabajo, tal y como ya se ha señalado en la introducción. Sin embargo, sí que resulta posible introducir, al menos, el asunto y hacerse una idea más concreta sobre la relevancia de Gibbon para la historiografía del “declive”.

Como ya se ha adelantado, el interés en el estudio del Imperio romano sería, entre otras razones, porque muchos se verían reflejados en él como miembros

---

<sup>82</sup> Este defecto de exceso de atención en asuntos internos y menos consideraciones sobre los elementos externos para explicar las transformaciones acaecidas durante el Bajo Imperio no están únicamente presentes en el trabajo de Gibbon. Todavía hoy existe una mayor atención y desarrollo a los asuntos internos al Imperio, en las investigaciones y libros de historia, que a las fuerzas exteriores que pudieron haber tenido relevancia en su desaparición; es impensable explicar la caída del imperio azteca o inca sin abordar el desarrollo español, pero esto es precisamente lo que parece que muchos historiadores clasicistas hacen (Momigliano, 1978: 445).

<sup>83</sup> “The strength of the frontiers, which had always consisted in arms rather than fortifications, was insensibly undermined; and the fairest provinces were left exposed to the rapaciousness or ambition of the barbarians, who soon discovered the decline of the Roman empire” (DF VII, 249).

también de un imperio, utilizándolo incluso como referencia para justificar su poder en el presente (Rogers y Hingley, 2010: 6). En este contexto de curiosidad sobre la Antigüedad, la obra de Gibbon sería, por todas las razones ya enumeradas y probablemente más, de enorme éxito y popularidad, con traducciones muy tempranas y de buena calidad al francés, alemán e italiano, tal y como ya se ha mencionado. El interés que despierta la obra sería prácticamente universal, por lo que no es de extrañar la influencia que adquiriría, extendiendo entre sus contemporáneos esta idea de declive imperial, así como su lenguaje e hipótesis generales. Este concepto de “declive” sería también influyente en otros historiadores destacados posteriores a Gibbon precisamente por la influencia que éste tuvo en la historiografía (Rogers y Hingley, 2010: 7). Pero igualmente influyente sería su concepto de “Edad Dorada” que enfatizaba los beneficios de la romanización y la tragedia de su declive, retratando la época de los antoninos como una especie de “Ilustración *avant la lettre*” (Ando, 2009: 60). Ambas ideas mencionadas presenciarían el nacimiento de la arqueología romana tal y como la conocemos en la actualidad, a finales del siglo XIX y principios del XX (Rogers y Hingley, 2010: 15), pasando a formar parte de sus bases teóricas. El colapso y declive del Imperio sería de enorme significancia, tanto por las propias palabras de Gibbon<sup>84</sup> como por lo que significaría, llevado al presente, el colapso de la civilización antigua: la posibilidad de un colapso de la civilización (Imperio) del momento.

Un acontecimiento que puede servir como testimonio de la importancia de Gibbon como historiador, pese a ser un autor dieciochesco, sería la conmemoración del fallecimiento de Gibbon que celebraría la Real Sociedad Histórica. Con motivo de esta conmemoración, escribiría Bury edición revisada del *Decline and Fall* que utiliza este trabajo. En su prólogo, Bury explica que la precisión de Gibbon resulta sorprendente<sup>85</sup>, lo que teniendo en cuenta el desarrollo de la historiografía durante el siglo anterior es una evidencia significativa sobre la reputación que Gibbon aún tendría a finales del siglo XIX y principios del XX. La popularidad del trabajo de Gibbon volvería a revalorizarse durante esta época en Gran Bretaña, sobre todo ante las perspectivas que eran cada vez más realistas sobre la pérdida de su imperio (Rogers y Hingley, 2010: 23); ambos contextos imperialistas, el que Gibbon presenciaría mientras escribe su obra, y el ya mencionado de finales del siglo XIX y principios del XX, supondrían un impulso y mantenimiento de la popularidad del *Decline and Fall* y sus premisas en unos niveles considerablemente altos; el mensaje de la obra y la capacidad narrativa

---

<sup>84</sup> “A revolution which will ever be remembered, and is still felt by the nations of the earth” (DF I, 1); “the greatest, perhaps, and most awful scene in the history of mankind” (DF LXXI, 213).

<sup>85</sup> “If we take into account the vast range of his work, his accuracy is amazing” (DF Introduction, xlix).

de Gibbon harían que siguiera siendo un éxito, contribuyendo al impacto popular de su estudio. Gibbon sería, probablemente, el historiador más influyente del discurso imperial, un discurso que continuaría teniendo impacto en el mundo académico, pensadores, políticos y otras personalidades influyentes (Rogers y Hingley, 2010: 25).

### **Conclusiones**

Con este trabajo, espero que la importancia de Gibbon para la historiografía romana, tanto si es del declive como si no, haya quedado suficientemente clara. Tras la publicación de su *Decline and Fall*, Gibbon quedaría como el punto de origen de las interpretaciones futuras sobre el fin del Imperio, adelantando muchas de las conceptualizaciones modernas sobre el proceso histórico (hegelianas, marxistas, *Annales*...) sin incurrir en su rigidez metodológica (McKitterick y Quinault, 1997: 272). Su legado historiográfico estaría tanto en la concepción de la edad de oro de Roma en los antoninos como en el desgaste imperial, sea de la forma que sea, que desembocaría en una época peor: la Alta Edad Media. Igualmente lo estaría en la importancia del colapso imperial; conviene recordar que para los contemporáneos, la forzada abdicación de Augústulo no significó más que la caída de un emperador, pero no la caída del Imperio *per se* – el imperio sobreviviría, el emperador oriental Anastasio daría su beneplácito a Teodorico para gobernar Italia y éste reconocería su autoridad – que seguiría existiendo con capital en Constantinopla, ni tampoco significó ningún cambio en la vida diaria europea; el emperador ya había perdido su autoridad en la gran parte del territorio europeo y su supeditación al caudillaje bárbaro era evidente. Quizá, de no ser por esta tradición de declive, iniciada por teólogos cristianos, adaptada por humanistas del Renacimiento e intelectuales protestantes (McKitterick y Quinault, 1997: 6), y a la que Gibbon contribuiría sobremanera a conceptualizar, dándole sustento empírico, y extender, se podrían haber planteado más tesis basadas en el cambio o la transformación de forma más temprana. Estas tesis de declive o decadencia tienen importantes elementos que dependen de la época en la que nacen y se difunden; para evitar y detectar errores interpretativos o abusos de cualquier clase, conscientes o no, estudiar el marco en el que estas tesis se generan es de vital importancia. Habría que preguntarse, por ejemplo, hasta qué punto la calidad de vida de la gente se desmejoró, o si realmente las manifestaciones culturales del Bajo Imperio son tan decadentes o inferiores al periodo anterior.

Pese a las opiniones que muchos tienen del trabajo de Gibbon, él nunca incluiría al cristianismo como causa directa del declive y caída del Imperio romano. Para él, las causas de la caída imperial se reducirían fundamentalmente a una corrupción moral dentro de unas características taciteas muy claras, donde la virtud alcanzada por la

civilización y el republicanismo crearía un imperio, imperio que no podría sostenerse con esas ideas republicanas y daría lugar a un gobierno despótico – *imperium et libertas*. Este gobierno despótico eliminaría las virtudes republicanas que harían alcanzar a esta civilización su grandeza, provocando su lento declive y desmoronamiento. Es difícil saber exactamente a qué se refería Gibbon con esta “corrupción moral”, pero es muy posible que él detectase una serie de problemas en el seno del Imperio y, gracias a la guía de Tácito, elaborase un hilo conductor muy determinado que explicase por qué caería. Las causas, sin embargo, serían unas causas un tanto vagas, metafísicas incluso, y no materialistas; por lo que se puede proponer que lo que estaría intentando sería explicar un cambio social que afectaría a la estructura política e institucional del Imperio romano, fruto quizá de influencias orientales que entrarían en conflicto con una tradición latina que era muy diferente. Es discutible en la actualidad hasta qué punto estas influencias y este cambio social serían lo que provocase el desmoronamiento del Imperio, y no fueran sino fruto de la adaptación a una realidad cambiante; pero, para Gibbon, este cambio sería evidentemente pernicioso. Elementos como la generalización en el uso de eunucos, el aumento de las tendencias despóticas, la reducción de las libertades, y la pérdida de efectividad del Ejército serían, entre otros, síntomas de un Imperio “envenenado” que, sin ser causas en sí mismas, agravarían la situación y provocarían el colapso definitivo. El avance del cristianismo sería otro más de estos síntomas que empeorarían una realidad decadente, pero también sería la religión que mejor se adaptaría a la nueva realidad; Gibbon no cree que la religión en sí misma sea culpable de nada, pero sí que sufrió una corrupción temprana que afectaría a sus instituciones, instituciones que se volverían más intolerantes y despóticas que en su origen primitivo, y contribuirían al desgaste imperial.

La ocupación bárbara del territorio imperial también sería uno de esos síntomas: los bárbaros sólo comenzarían a atravesar los *limites* cuando atisbaron la debilidad militar romana. Gibbon plantearía que los bárbaros germanos, aunque en un estadio de civilización muy inferior, fueron una suerte de renovadores de la virtud romana gracias, precisamente, a su pobreza e inferioridad cultural. Es destacable también en este sentido que Gibbon sostiene que la ocupación bárbara no sería siempre violenta y que éstos tratarían de romanizarse y adaptarse a las instituciones y costumbres romanas. Que haya sido capaz de ver esto quizá sea la razón por la que resulta decepcionante que no haya percibido hasta qué punto se parecen muchas de las instituciones que los nuevos reinos sucesores ostentarían se basarían en el sistema romano (McKitterick y Quinault, 1997: 6), salvo para el caso de Teodorico. Pese a lo que puede sugerir su título, la conclusión de esta obra fundamental sería de un cierto

optimismo: el fruto de las invasiones bárbaras sería la civilización occidental moderna, la civilización que Gibbon consideraría como la más avanzada de toda la humanidad; influenciado por la creencia en el progreso continuo típica de la Ilustración, el autor británico consideraría que, pese a todo lo que habría dicho, la raza humana continuaría creciendo en virtud, felicidad, riqueza y conocimiento con cada edad que pasase (*DF XXXVIII*, 298).

## Bibliografía

Ando, Clifford (2009). Narrating Decline and Fall. En Rousseau, P. (Ed.) *A Companion to Late Antiquity* [Versión electrónica] (59-92). Oxford: Blackwell.

Bowersock, G.W. (2009). *From Gibbon to Auden: Essays on the Classical Tradition* [Versión electrónica]. New York: Oxford University Press.

Delgado Delgado, José A. (2012). Leer a Gibbon. El texto de "The History of the Decline and Fall of the Roman Empire". *Espacio, Tiempo y Forma*, 25, 463-489.

Gibbon, Edward. *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. J.B. Bury con introducción de W.E.H. Lecky (1906). New York: Fred de Fau & Company. En 12 volúmenes, recuperado de <https://oll.libertyfund.org/titles/1681>

McKitterick, R. y Quinault, R. (Ed.) (1997). *Edward Gibbon and Empire* [Versión electrónica]. Cambridge: Cambridge University Press.

Momigliano, A. (1954). Gibbon's Contribution to Historical Method. *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 2 (4), 450-463. Consultado por última vez el 2 de julio de 2019 de la base de datos JSTOR.

Momigliano, A. (1978). After Gibbon's "Decline and Fall". *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa. Classe di Lettre e Filosofia*, 8 (2), 435-454. Consultado por última vez el 2 de julio de 2019 de la base de datos JSTOR.

Pocock, J.G.A. (1977). Gibbon's Decline and Fall and the World View of the Late Enlightenment. *Eighteen-Century Studies*, 10 (3), 287-303. Consultado por última vez el 2 de julio de 2019 de la base de datos JSTOR.

Pocock, J.G.A. (2003). *Barbarism and Religion Volume Three: The First Decline and Fall* [Versión electrónica]. Cambridge: Cambridge University Press.

Pocock, J.G.A. (2004). *Barbarism and Religion Volume One: The Enlightenments of Edward Gibbon* [Versión electrónica]. Cambridge: Cambridge University Press.

Pocock, J.G.A. (2005). *Barbarism and Religion Volume Four: Barbarians, Savages and Empires* [Versión electrónica]. Cambridge: Cambridge University Press.

Pocock, J.G.A. (2009). *Barbarism and Religion Volume Two: Narratives of Civil Government* [Versión electrónica]. Cambridge: Cambridge University Press.

Pocock, J.G.A. (2010). *Barbarism and Religion Volume Five; Religion: The First Triumph* [Versión electrónica]. Cambridge: Cambridge University Press.

Pocock, J.G.A. (2015). *Barbarism and Religion Volume Six; Barbarism: Triumph in the West* [Versión electrónica]. Cambridge: Cambridge University Press.

Rogers, A. y Hingley, R. (2010). Edward Gibbon and Francis Haverfield: the Traditions of Imperial Decline. Consultado por última vez el 4 de julio de 2019, de <https://lra.le.ac.uk/bitstream/2381/31454/6/Rogers%20and%20Hingley%20-%20Gibbon%20paper.pdf>

Woudhuysen, G. (2018). Gibbon among the Barbarians. En O'Brien, K. (Ed.) *The Cambridge Companion to Edward Gibbon* (93-109). Cambridge: Cambridge University Press.